

## Prehistoria del solar astur (I) \*

Al redactar las presentes páginas desearía ante todo presentar pública constancia de dos hechos. El primero que acaban de cumplirse los cuatro lustros desde que el erudito nonagenario llanisco D. Fernando Carrera Díaz-Ibargüen, publicó su discurso que bajo el título «La Prehistoria asturiana» fue leído en el acto de su recepción académica el 6 de junio de 1951 como miembro de número del Instituto de Estudios Asturianos, trabajo que si en su tiempo fue considerado una síntesis útil de lo que se conocía o se teorizaba en torno a la prehistoria del Principado de Asturias en la primera mitad de nuestro siglo, ha quedado totalmente desfasado o periclitado por los avances actuales de las Ciencias Humanas, por lo que quizá hoy fuera útil rediseñar dicho esquema dentro de la vocación actual de la Arqueología Prehistórica, proyectada al estudio del pasado de Asturias. El segundo hecho es, que este mismo año se cumple el centenario del nacimiento de D. Eduardo Hernández Pacheco, al que tanto debe no sólo la investigación prehistórica y geológica de España, sino también y concretamente Asturias, al ser ésta escenario de algunos de sus trabajos hoy considerados clásicos, a la vera de la inolvidable Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, que tanto hizo dentro de la Junta para Ampliación de

---

\* El presente trabajo consta de dos partes, que se publicarán en éste y el próximo número de ARCHIVUM. Por razones obvias se ha juzgado oportuno presentarlo sin notas a pie de página. Una bibliografía selectiva se incluirá en la segunda parte.

Estudios e Investigaciones Científicas, como predecesora del actual C.S.I.C. por el avance de nuestra disciplina.

Sirvan pues las líneas que siguen, por una parte como intento esquemático de urgencia, en el que se pretende dar una visión actual de la Prehistoria astur, de acuerdo con directrices vigentes, y por otra, realmente motivadora de estas páginas, como homenaje sincero al recuerdo de ese gran estudioso que fue D. Eduardo Hernández Pacheco, glosando el título de una de sus más conocidas publicaciones.

## I. El marco geológico, geográfico y biótico de la Prehistoria astur

Desde las primeras o más tempranas investigaciones geológicas en el solar astur se tiene conciencia de que éste, en un remoto pasado a medir en cientos de millones de años estuvo ocupado por mares y tierras de una configuración tan diferente a la actual, que resulta totalmente vano evocarla hasta el momento en que quepan conexiones geomorfológicas con la imagen que nos habrá de ofrecer el ámbito astur en el Pleistoceno. Las sucesivas convulsiones geológicas que tuvieron lugar hace más de 20 millones de años, en pleno Cenozoico o Edad de los mamíferos, modelaron un relieve y articularon un litoral que recuerda ya, por su posición actual, al que hoy podemos contemplar. Es a partir de este período cuando quizá pueda hablarse propiamente de las Asturias que han llegado hasta nosotros, las mismas cuya actual configuración nos recuerda tanto a la de un *coup-de-poing* arqueolítico, y cuando empiezan a forjarse sus montañas, valles y costas predecesores en cierto modo inmediatos de la morfología actual. De aquí que Asturias, más que fruto de la tectónica herciniana pueda considerarse producto de la tectónica alpídica, que desempeñará un papel tanto o más importante que la herciniana hasta el punto de determinar los rasgos más sobresalientes de la morfología del litoral. Así accidentes como la ría de Avilés, o el Cabo de Peñas

se nos aparecen hoy, —geológicamente hablando— condicionados por la estructura geométrica de la morfología alpídica, que en Asturias es de tipo germánico, al haber actuado de antepaís de la cuenca de sedimentación pirenaica y presentarse ya el material hercínico excesivamente consolidado para sufrir un nuevo plegamiento. A este respecto la región del Cabo de Peñas constituye una de las más arquetípicas de todo el Principado, ya que está constituida por un auténtico mosaico de dovelas limitadas por fallas, conservando en los bloques hundidos los restos de la cobertura mesozoica, que se extendería por toda la región a comienzos del Terciario, apareciendo en las zonas elevadas el Paleozoico completamente exento.

Durante los últimos períodos de la Era Terciaria hacen acto de presencia proboscídeos como mastodontes y dinoterios; ungulados como jiráfidos, hipariones, rinocerontes y antílopes. Fauna toda ella que nos hace evocar a la de las actuales sabanas tropicales de Africa. Por entonces la línea costera ha quedado perfectamente fijada, como parecen confirmar los estudios glacio-eustáticos, llevados a efecto frente al Cabo Peñas.

Cerrando la Era Terciaria, Asturias conocerá un cambio climático brusco. Se inicia la Era Cuaternaria, caracterizada por un acusado descenso térmico que transforma el medio y que se inaugura quizá con la presencia de rasas o plataformas costeras de unos 100 m. sobre el nivel del mar, modificando el litoral con los diversos niveles de abrasión e imponiendo la contextura del paisaje circundante, siendo harto difícil su comprensión global sin un conocimiento previo de estas circunstancias y su evolución hasta el presente desde los más tempranos períodos del Cuaternario. De aquí, que nuestro conocimiento de la Prehistoria asturiana haya de partir de una adecuada comprensión de la zona prelitoral y costera en que se forja.

Las actuales Asturias de Oviedo, constituyen una entidad geográfica de la Iberia septentrional, entre la cordillera y el mar, presentándose limitada al W. por la provincia gallega de Lugo; al S. por la de León y al E. por la de Santan-

der (Asturias de Santillana) o La Montaña, asumiendo la región así configurada —como se ha señalado— la forma de un instrumento lítico achelense. De compleja topografía, el territorio astur acusa el predominio de varios sistemas orográficos con macizos bien diferenciados como el constituido por los Picos de Europa o el Sueve, abundando los puertos o pasos de montaña, posiblemente inaccesibles e infranqueables durante el Cuaternario, de Pontón, Tarna, Pajares, Leitriegos, San Isidro, Somiedo, Puerto Ventana y otros de menor importancia. De esto, que los mismos macizos astures puedan considerarse algo así como grandes vértebras del sistema espinal calizo constituido por los Picos de Europa, con notables cumbres entre las que podríamos recordar las de Torrecerredo, Urrieles, El Naranjo de Bulnes, Peñasanta, Peñavieja, Llambrión, cumbres muchas de ellas que nutrieron el glaciario cuaternario que conoció la región y cuyas moles calizas se alzan a veces a más de 2.000 m. sobre el nivel del mar, cuyo litoral a su vez conocerá un fenómeno morfogenético de datación discutida, —las rasas—, que es muy posible se remonte a la época de las transgresiones mediterráneas del tirreniense y siciliense. Entre la cordillera y el mar Cantábrico, a través de recientes valles corren media docena de ríos «caudales» de fuerte pendiente (Cares, Sella, Nalón, Narcea, Navia, Eo, etc.), corrientes todas que conocen hasta prácticamente nuestros días una importante población piscícola en la que dominan los salmónidos.

Asturias de Oviedo, cuyas costas abarcan una extensión de poco más de 230 Km. de la España húmeda, desde la desembocadura del Deva en Unquera, hoy *limes* provincial con la provincia de Santander, se nos presenta como una región natural que desde su primavera histórica se consideró solar de los denominados *astures*, que asentados desde el Navia al Sella personalizaron una entidad particularista multitribal, hoy ampliada en virtud de los imperativos de la geografía política al admitirse como límites territoriales de la misma al W. la frontera natural del río Eo y al E. la del Deva y el concejo de Panes, límites estos que incluyen en el actual ámbito provincial, por Occidente a gentes o etnias pertenecientes tradicio-

nalmente al dominio galaico y al Oriente a gentes del dominio cántabro, hecho este último observable sobre todo desde el momento en que se cruza el río Sella y que ha integrado al Principado amplias zonas estructurales que bajo un punto de vista geológico, —como ha demostrado J. A. Martínez Alvarez en su valioso estudio—, no pueden conocerse bien, si se separan de aquellas que integran la actual Cantabria (Santander), sobre todo en lo que se refiere a las formaciones kársticas como fenómenos espeleogenéticos que aprovecharán al máximo las poblaciones prehistóricas de la región como habitáculos. Ello pone de manifiesto que al estudiar no sólo la Prehistoria astur sino también la cántabra y vasca no puede dejarse de lado el conocimiento adecuado de la geoespeleología del ámbito, así como múltiples aspectos de la hidrogeología kárstica. En nuestro caso concreto a la hora de interpretar ecológicamente algunos yacimientos, enclavados en el Oriente astur, localizados, ya en Peñamellera, ya en Llanes, —y aquí concretamente nos referimos al aparato kárstico que integran dentro de las Sierras Planas, La Llera, con cuevas de enorme importancia arqueológica como puedan ser las de El Cueto de la Mina, La Bricia, La Riera, Balmori, etc., o las que se abren junto a Ribadesella en el complejo de Ardines (Ramu o Tito Bustillo)— ya en el Occidente de Asturias con formaciones como las que pueden observarse junto a San Román de Candamo. No es de extrañar que los materiales arqueológicos y prehistóricos suministrados por estas cuevas y yacimientos, así como el material superficial de origen aluvial recogido en el curso de los años, así como la observación de la fenomenología kárstica hayan sido motivo de beneméritas contribuciones bibliográficas de difusión internacional cuando no a publicaciones locales de reconocida importancia como las promovidas por la Universidad de Oviedo o la Excma. Diputación Provincial, pongamos por caso.

Henos pues, ante las fuentes primordiales para nuestra revisión. No obstante dudamos formalmente que podamos sacar mucho de nuevo reelaborando los datos que hasta la fecha se nos han facilitado para trazar un cuadro en cierta manera completo de la Asturias prehistórica y su proceso etno-históri-

co, ya que hoy se impone el empleo de determinados criterios que, por decirlo, así han hecho avanzar nuestros conocimientos arqueológicos con la implantación o utilización de técnicas que, por lo que sabemos, no han sido hasta la fecha empleadas en una medida aconsejable, para un estudio global de la prehistoria asturiana. Así, por ejemplo, los datos que proporcionan un conocimiento adecuado de la tecnología lítica y el análisis tipológico de los útiles de piedra y de hueso; las huellas de utilización sobre los susodichos útiles; el análisis de los conjuntos de los mismos; sus pátinas; la elaboración de los datos obtenidos en las prospecciones de campos, por medio de curvas acumulativas; la programación y proceso de las informáticas que ello implicaría. Por otro lado se carece de toda investigación en equipo, de carácter multidisciplinar, tal como análisis palinológicos, granulométricos, sedimentológicos, etc., así como la aportación de diversas técnicas hoy utilizadas en las Ciencias Naturales y Humanas.

Todo ello nos permitiría indudablemente revisar o ver la Prehistoria asturiana con una luz nueva e incluso esperar de los resultados obtenidos el rellenar las pequeñas y grandes lagunas existentes entre los hitos ya establecidos. Al ser, hoy por hoy, inasequible habremos de conformarnos estableciendo una posible síntesis de las realidades ya conocidas.

### a) El paisaje cuaternario de las Asturias

Hoy es indudable que el actual relieve astur-cantábrico es producto de una penillanura terciaria de edad no precisada, cuyos vestigios como han notado varios tratadistas pueden observarse aún en las altas cumbres del sistema astur-cantábrico. Esta penillanura muy posiblemente experimentaría una especie de abombamiento desde el W al E., es decir, desde Galicia a Vasconia, constituyendo su eje el macizo de los Picos de Europa. A dicha formación tectónica seguiría una fase de diastrófismo produciéndose fallas de estilo germánico y edad post-oligocénica que fragmentaría el macizo peniaplanado en

dovelas, constituyendo la mayor de ellas y en determinado período del Plioceno la denominada depresión astur-cantábrica.

Fue a partir de entonces cuando empieza a constituirse una red fluvial joven y activa que ataca el roquedo astur-cantábrico, contando a favor con un nivel de base excepcionalmente deprimido (2.400 m. de desnivel entre las cumbres de los Picos de Europa y el mar) y con una distancia realmente escasa, —unos 38 Km.— entre Pajares y Gijón. Este hecho afecta la posterior divisoria de vertientes estableciendo una nítida divisoria, entre los ríos astur-cantábricos y los llamados a ser afluentes del Duero y del Ebro, delimitación que trajo consigo un progresivo ensanchamiento de las cuencas de los ríos de la vertiente astur-cántabra en detrimento de las cuencas de aquellos.

Por otro lado la geología dinámica parece demostrar que determinados movimientos isostáticos afectaron al bloque astur-cantábrico determinando otros tantos ciclos erosivos a lo largo del Terciario lo que generaría a juicio de N. Llopis Lladó un relieve policíclico cuyos restos pueden observarse claramente en el ámbito astur en virtud de la dureza del roquedo paleozoico y que permitiría la configuración de formas pleistocénicas que llegarían al Cuaternario con significados en terrazas altas que tienen su equivalencia litoral en las rasas o «sierras planas».

Es pues en este paisaje, en el que se inicia el Cuaternario, que, en el ámbito astur-cantábrico conocerá al igual que la Europa continental los enfriamientos climáticos conocidos bajo el nombre de *glaciaciones*, realmente restringidas si se exceptúan los macizos más elevados de los Picos de Europa o los estratégicamente situados como Peña Trevinca. Dichas glaciaciones, cuya fenomenología conocemos bastante bien a partir de los estudios de H. Obermaier quizá permitan hablar de la existencia de dos glaciaciones astur-cantábricas en parte coetáneas a las alpinas de Riss y Würm, un interglacial Riss-Würm y diversas fases würmienses, que en el ámbito periglacial permitieron diversos avances y regresiones de la flora y

fauna cuaternaria dominante, incluyendo en esta última al hombre fósil.

## b) Flora y fauna del cuaternario astur

Puede decirse que actualmente ya es posible tener una idea del paisaje y medio biótico natural del ámbito astur, merced al conocimiento de diversos depósitos paleontológicos, en yacimientos prehistóricos en su mayoría: Sin embargo nos es mejor conocida la fauna que la flora, por el simple hecho de no haberse verificado aún en el Principado estudios paleobotánicos ni arqueopalinológicos sistemáticos, que de hacerse en un futuro permitirán conocer con toda seguridad la alternancia de floras y sus especímenes de acuerdo con las variaciones climáticas y la deglaciación, con el predominio en el bosque o en el parque natural de determinadas especies arbustivas y arbóreas, y también la flora actual, objeto de continuos desarrollos por parte de Matías Mayor, Manuel Lainz S. J. y otros herederos directos de un Cavanilles, un Lagasca o el francés Durieu de Maisonneuve. En el campo de la palinología quizás pudieran asimismo citarse a J. Menéndez Amor, Florschütz y recientemente Arlette Leroi-Gourhan.

Entre los estudios efectuados en relación con la fauna cuaternaria y prescindiendo de aquellos llevados a cabo con anterioridad a la década 1920-1930 por J. Carballo, H. Obermaier, A. Cabrera, el Conde de la Vega de Sella y asimismo por E. Hernández Pacheco, cabe recordar aquí los llevados a efecto en los últimos lustros por M. Crusafont, J. F. Villalta Comella, J. Altuna, Noel Llopis, B. Madariaga, E. de Fraga Torrejón y otros, pudiendo afirmarse que sus identificaciones y el estudio de sus asociaciones permiten ya una reconstrucción aceptable, sin las lagunas que presenta la aportada por la Botánica del medio biótico en que se impuso las primeras poblaciones prehistóricas.

Teniendo en cuenta el particularismo glaciario astur-cantábrico en relación con el resto de la Europa pleistocénica se puede así hablar de varios tipos de fauna a saber: a) *fauna de tundra*, cuyas especies más características las constituyeron el zorro ártico, el glotón, el rinoceronte lanudo, el toro almizclero, la cabra montés, el reno, el mamuth, la marmota, la liebre alpina, el armiño, la perdiz albina blanca, etc. b) *fauna forestal sub-ártica*, en un paisaje de coníferas con veranos cortos de temperaturas inferiores a los 10° y resto del año muy frío, dándose el oso pardo, el linco, el glotón, el ciervo, el reno, el uro y el alce; c) *fauna forestal de clima templado*, en la que figura el oso pardo, el ciervo común, el uro, el elefante meridional, el caballo, el felino macaurodo, la hiena y algunos cánidos, el linco, el rinoceronte etrusco, el alce, el bisonte, etc.; d) *fauna intermedia forestal esteparia*, característica de un ambiente cálido, que comprendía la fauna enunciada en c) y en e) que corresponde a una *fauna esteparia continental* con veranos cálidos e inviernos nivosos en el interior y altitudes próximas a la costa (Sueve, Cuera, etc.) descollando algunos tipos de caballos, marmotas, roedores, etc.), y f) *fauna de estepa-loessica*, que en el ámbito astur-cantábrico habría de llamar quizás, de paisaje kárstico, y que aparte de comprender la de e) contendría el lobo, el zorro ártico, el rinoceronte lanudo, el reno, el bisonte, el toro almizclero y algunos leporidos especializados.

Aparte de todos estos mastozoos sabemos que durante el período pleistoceno astur-cantábrico, se dieron diversas especies indiferentes al clima, tales como el león de las cavernas, el leopardo, el castor, la marta, la nutria, el oso de las cavernas, la hiena cavernaria, etc., el jabalí, el zorro común, el gran ciervo, el venado, etc., etc. Todo ello nos permite trazar dentro de la ortodoxia zoológica un cuadro; aunque simplificando, lo reduciremos, teniendo en cuenta el paisaje astur en tres grandes grupos faunísticos: mamíferos, aves, reptiles, anfibios, peces y moluscos, con particular insistencia en algunas especies:

*Elefantes*: existe evidencia paleontológica en el Principado de la presencia de elefantes durante el Cuaternario. Restos

óseos se han hallado en la cueva de El Cueto de la Mina (Posada de Llanes) en los niveles E, I a E, IV del Solutrense. En el nivel E, III se encontraron fragmentos de molares que por su dentina se atribuyeron a mammoth o *Elephas primigenius*, elefante ecológicamente adaptado para vivir en clima frío y que aparte de su característica capa de pelo lanoso contaba con una considerable cubierta lipoide subcutánea y otras adaptaciones fisiológicas a condiciones glaciales. Visto de perfil se presenta como característica su gran giba sobre la cruz y el lomo en descenso pronunciado así como su cabeza redondeada. De talla más pequeña que los primeros elefantes, con unos 3,50 m. de alzada, presentaba unas defensas macizas de marfil curvadas hacia afuera y finalmente hacia arriba.

De aceptar la presencia del mammoth en Asturias hay que situarle a principios de la última glaciación (Würm) persistiendo incluso hasta el final de la misma, por lo que parece fundada la atribución del Conde de la Vega del Sella, según la evidencia de El Cueto de la Mina y que para algunos tratadistas parece confirmarse con la archifamosa representación de la cueva de Pindal (Colombres, Pimiango), tan conocida como puedan serlo las de Font de Gaume, Bernifal, Les Combarelles, La Mouthe, Pech Merle, Trois Frères, Rouffignac, etc., en Francia, representaciones que al igual que la de Pindal o la misma también española de la Cueva de El Castillo (Puente Viesgo, Santander) presentan diversa problemática, mas, cuando diversos tratadistas frente a la hipótesis de H. Breuil de que el *Elephas antiquus* y el rinoceronte de Merck, emigrando hacia la Europa meridional pudieron vivir hasta un momento avanzando del *auriñaciense* en la región astur-cantábrica, negaron la posibilidad de que el mammoth hubiera podido llegar a la Península Ibérica, aún cuando se admitiese dicha posibilidad tras los descubrimientos en La Baume-Latrone por el Conde Begouën. La tesis de que únicamente pudo vivir en España el elefante de colmillos rectos (*Palaeoloxodon antiquus*) pareció imponerse, así como la identificación con el mismo de las representaciones de proboscídeos en Pindal y El Castillo (Puente Viesgo, Santander), basándonos en la ausencia de pilosidad de dichas representaciones, lo mismo que

ocurre en Cougnac, Francia. Sin embargo en 1955 la cuestión del elefante de Pindal y de El Castillo sería nuevamente revisada por el paleontólogo italiano P. Leonardi a raíz de su estudio *in situ*. Para dicho estudioso italiano el elefante de Pindal es sin discusión un *Elephas primigenius* o mammoth



Cazadores en acecho de elefantes primitivos (*Elephas primigenius* BLUM). La presencia de este animal en la Península Ibérica durante el Cuaternario es objeto desde hace ya años de una interesante controversia. Adoptado para la vida en la tundra, y encontrado intacto en los hielos siberianos, no fue reproducido muchas veces por los artistas del área paleolítica francesa, y posiblemente también en la Cueva de Pindal, Pimiango, Asturias. Sus restos óseos se han encontrado no obstante en diversos yacimientos peninsulares e incluso fragmentos de una defensa en Cueva Morín, Santander. 1969.

mientras que el de la cueva de El Castillo no le parece de tan segura atribución aunque quizá pudiera tratarse de la representación de una cría. Tal idea sería recogida más tarde en la obra clásica en torno al Arte cuaternario de P. Graziosi. El descubrimiento posterior de la representación de Cougnac y la publicación del mismo aportaría un nuevo planteamiento

al extender el área ecológica de los elefantes de piel desnuda hasta el borde occidental del macizo central francés. Merc y Mazet, plantearon intentando explicar el problema de la presencia, dos hipótesis en disyuntiva: quizá se dieron junto a los mammuhs gimnodermos o peludos, otros probóscideos de piel lampiña, o quizá, a favor de un estadio cálido, volvieron hasta el centro de Francia elementos de la fauna cálida.

Por todo ello quizá lo más prudente es evitar una identificación definitiva del probocídeo de Pindal, realmente muy difícil bajo el punto de vista estilístico, hasta que la investigación paleontológica y climática permita conclusiones definitivas.

Es indudable que el punto de vista de H. Breuil impone el admitir que en períodos prácticamente sincrónicos vivieron proboscídeos gimnodermos en la región central. Ahora bien; el estudio morfológico de la representación de Pindal, admitiendo un margen de error, parece dar posibilidades a la atribución de la misma, ya, a la familia del mammoth o *Elephas primigenius*, —dado el hecho que aunque la falta de pelaje su perfil y curva dorsal coinciden según H. Bandi con otras representaciones del arte hispano-francés— ya, —de seguir el criterio del finado estudioso británico F. Zeuner—, con el *Elephas antiquus*, adaptado al paisaje forestal, hipótesis ésta, a la que se inclinan J. M. Gómez-Tabanera y F. Jordá Cerdá, teniendo en cuenta la presencia del *elephas*, mejor dicho restos óseos en diversos lugares de Asturias, concretamente en la cantera de Los Gafares, San Cucufate de Llanera. En tal caso cabría datarle quizá al horizonte auriñaciense.

*Rinocerontes:* La evidencia paleontológica ha proporcionado tres tipos de rinocerontes que habitaron la Asturias cuaternaria. El más antiguo es el denominado rinoceronte etrusco (*Dicerorhinus truscus*, Falc.) del que se encontró un húmero en Mestas de Con (Cangas de Onís), hoy conservado en el Museo del Instituto Geológico de la Universidad de Oviedo. Asimismo en la *Cueva de El Conde* (Tuñón, Santo Adriano) se halló un molar de rinoceronte de

Merck (*Dicerorhinus Merckii* JAC.) monstruo unicornio que se dio en el Cuaternario euroasiático en épocas coetáneas al *Elephas antiquus*. El Conde de la Vega del Sella le atribuyó primero al aurifiaciense y después al musteriense (Paleolítico medio). Dicha especie constituye una de las pocas que indican la existencia de clima cálido en el Principado. Por último se hallaron en Asturias restos de rinocerontes lanudo (*Tichorhinus antiquitatis* BLUM.) que sabemos fue compañero del mammoth. Sus restos se encontraron en un yacimiento de cuarcita



Cazador de la Edad de Piedra acechando a un *Tichorhinus antiquitatis*, BLUM., y su cría. El rinoceronte lanudo nos consta por diversa evidencia paleontológica que pobló algunos lugares de Asturias durante la última glaciación. La presente reconstrucción de Z. Burian, se basa en una acuarela de M. Maitland, ejecutada bajo la dirección de F. E. Zeuner. Otras fuentes de información en torno al aspecto externo de la especie pueden encontrarse en representaciones del arte paleolítico hispano-francés y en los restos encontrados hace algunos años en Storminia (Cárpatos Orientales).

de facies levallois-musteroide, a poco más de medio kilóme-

tro de la estación de Unquera al S. E. de Tinamayor. Animal de estepa fría, sus restos se han encontrado muy escasamente en la Península Ibérica donde fue al parecer objeto de representación en el arte parietal de la gruta de La Pileta (Málaga) y en la cueva de Los Casares, Riba de Saelices, (Guadalajara), desconociéndose, representaciones del mismo en el arte cuaternario astur-cantábrico.

*Equidos:* La evidencia paleontológica y artística parece demostrar la existencia de numerosas especies y variedades de



Reconstrucción, según Z. Burián, de una cacería de caballos durante el Paleolítico Superior. El presente dibujo se basa en la evidencia paleontológica que han dejado en Francia las cacerías llevadas a cabo en el Escarpado de la Solutré, que no debió diferir de otras similares en la Asturias Cuaternaria.

caballos en la Asturias cuaternaria, constituyendo su captura objeto de actividad cinegética por parte del hombre fósil. Aún cuando es ciertamente difícil saber a qué subespecies y variedades pertenecían las poblaciones dominantes se puede admitir

que se dio un tipo similar al llamado caballo de Prezwalsky, pequeño, rechoncho y robusto y cuya presencia se acusa hasta bien entrado el Solutrense junto a otras variedades de caballos, antecesores del *Equus caballus* actual, catalogado en el s. XVIII por Carlos Linneo, y que quizá lo fueron también de los que aún hoy se encuentran en la cordillera de El Suevo recibiendo la denominación de *asturcones*. Restos de caballo (*E. Caballus*, L.) se encuentran en la cueva de Balmori (Llanes), cueva de El Penicial (Nueva de Llanes), y el Conde de la Vega del Sella encontró sus restos óseos en todos los niveles de la cueva de El Cueto de la Mina. Así en el Auriñaciense (niveles H y G); en el Solutrense (E y F); en el Magdalenense (niveles D, C y B); en el Epipaleolítico o Asturiense, presencia que fue constatada años más tarde por F. Jordá Cerdá en una nueva prospección. Asimismo se han encontrado en el Auriñaciense y B de la cueva del Conde (Tuñón, Santo Adriano); en el Magdalenense A y en el Asturiense A y B de la cueva de La Paloma (Soto de las Regueras siendo realmente abundante en la zona y a juicio de E. Hernández Pacheco durante todo el Lepolítico, debiendo abundar también en toda la zona de la Peña de Candamo (San Román) en sus variedades de *Equus Caballus celticus* y *E. caballus libycus*. El arte rupestre nos ha dejado soberbias representaciones en diversos yacimientos, destacando entre los mismos las que se encuentran en la Caverna de la Peña de Candamo donde encontramos representaciones caballares en el llamado «Muro de los grabados» donde pueden admirarse una cabeza de équido en rojo que parece mirar hacia la izquierda. También en el mismo lugar y en la parte inferior derecho puede apreciarse la silueta de un caballo finamente modelado. En el mogote estalagmítico que existe junto a dicho muro y en el lado izquierdo, pueden apreciarse también otras representaciones. Asimismo en el talud estalagmítico y en la parte superior del declive se puede admirar finamente grabado y pintado en color siena oscuro, otro caballo que aparece patinado por una leve concreción calcárea. Atención particular merecen las representaciones que pueden admirarse en la hornacina natural denominada vulgarmente «El Camarín», en ellas pueden contemplarse cuatro équidos



Reconstrucción de un rito mágico de propiciación cinegética efectuada por el artista checo Z. Burián basándose en la evidencia legada por el arte rupestre cuaternario de la caverna de San Román de Candamo, estudiada entre otros por E. Hernández Pacheco (1919).

constituyendo el decorado principal de la oquedad que parecen corresponder a diversas fases del horizonte magdalenense. Dichas representaciones ofrecen la particularidad de que nos presentan dos tipos somáticos distintos; así un caballo de color siena que posiblemente pueda asimilarse al *Equus Przewalskii*, rechoncho, de cuello corto y poca alzada y una yegua negra que parece representar a otra variedad, ésta esbelta, braquicéfala, de cuello largo y extremidades finas.

*Cérvidos*: Ante todo el ciervo común (*Cervus elaphus*, L.) que alcanzaría un óptimo ecológico en el Cuaternario, siendo utilizado económicamente por el hombre prehistórico, encontrándose sus restos en numerosos yacimientos prehistóricos arqueológicos y paleontológicos. Así, encontraremos huesos de ciervo en las cuevas de Quintana o Balmori (Llanes), en la cueva de El Penicial (Nueva, Llanes) y en casi todos los niveles de la cueva de El Cueto de la Mina (Posada, Llanes). Nosotros lo hemos encontrado en niveles magdalenenses de La Riera (Posada, Llanes). El Conde de la Vega del Sella identificó asimismo restos en la cueva de Mazaculos (Pimiango, Llanes); en la cueva de Fonfría (Barro, Llanes); en la cueva del Conde (Tuñón, Santo Adriano); en la cueva de La Paloma (Soto de las Regueras). E. Hernández Pacheco pudo encontrar restos de cérvido en los niveles de la caverna de la Peña de Candamo; Martínez Santa Olalla en la cueva del Bufón (Vidiago, Llanes) y F. Jordá Cerdá en la cueva de Pindal (Pimiango, Llanes). El mismo Jordá encontraría también restos en la cueva de Bricia y N. Llopis Lladó volvería a encontrarlos en la cueva del Conde. De aquí que pueda afirmarse que existen restos óseos de ciervo en todos los yacimientos asturianos, tanto de Paleolítico como del Epipaleolítico, empezándose a racionalizar el aprovechamiento de sus cuernas a partir del Solutrense y desde éste llegando al Mesolítico y a las primeras edades del Metal. Las minas eneolíticas de Aramo han ofrecido restos de útiles ejecutados en asta de ciervo para la extracción del mineral. Aparte de sus utilizaciones para útiles cinegéticos, sabemos también que los caninos de ciervo fueron utilizados con un orificio previo para la ejecución de collares, pinjantes y ornamentos personales.

La considerable importancia que alcanza el *C. Elaphus* en las formas económicas del Paleolítico superior astur, a partir del horizonte solutrense se pone particularmente en evidencia en el arte rupestre del que se ha alegado toda una serie de representaciones entre las que cabría recordar las de la cueva de Pindal (Pimiango, Llanes) y del Ramu o Tito Bustillo (Ribadesella); las de la cueva del Buxu (Cardes, Cangas de Onís), que remontan al Magdaleniense; las de la Peña de Candamo estudiadas magistralmente por E. Hernández Pacheco y posteriormente por F. Jordá; los grabados de la cueva de La Paloma y otros. Los cérvidos que aparecen representados en la cueva de Lledías (Posada, Llanes) son tenidos como obra de un hábil falsario, de acuerdo con estudios tipológico-estilísticos dado el hecho de que el yacimiento homónimo excavado en su día por Jordá Cerdá, fue, a decir de dicho erudito, «preparado».

Aún cuando la mayoría de los paleontólogos datan la presencia en Asturias de *Cervus elaphus*, desde los inicios del antepenúltimo interglacial, no se descarta la posibilidad de que se manifestase en distintas subespecies o especies afines, como por ejemplo la *C. elaphus Bolivarii* Ca., o la muy interesante *C. elaphus cantábricus*, cuya cornamenta sirvió quizá, para ejecutar los útiles de laboreo minero en la mina «Milagro» de Mestas de Con (Cangas de Onís). A dicha variedad de cérvidos quizá quepa atribuir también huesos y grandes dientes hallados en Aramo y en la cueva de La Paloma (Soto de las Regueras), así como los que halló Vega del Sella en la cueva de Balmori y un molar encontrado por Llopis Lladó en la cueva de Tuñón (Santo Adriano). Estas evidencias osteológicas parecen poner en evidencia de que durante el Paleolítico pudo vivir en Asturias un cérvido de gran talla, variante de una raza de la Europa central, el *Cervus hippelaphus*, o emparentada con la de *Cervus elaphus*, actualmente confinada a algunas regiones de la Suecia meridional, más que al wapiti o ciervo del Canadá como sugeriría Graells, y que convivió con el ciervo común y el *Cervus e. hispánicus* Hilz. Este cérvido de gran talla, sea cual fuera la variedad en que se englobe, aparece representado a nuestro juicio en la cueva del Ramu o Tito Bustillo

(Ribadesella), en una representación que M. Mallo Viesca consideró de un alce.

*Cápridos*: El corzo (*Capreolus capreolus* L.), figura asimismo de manera descollante entre la fauna mastozoológica astur, habiéndose encontrado restos del mismo, no sólo en diversas cuevas del complejo kárstico de La Llera (La Riera, Balmori, Cueto de la Mina, etc.), junto a Posada de Llanes, en niveles paleolíticos y epipaleolíticos, sino también en niveles epipaleolíticos y mesolíticos de la cueva de Mazaculos (Pimiango, Llanes), La Paloma (Soto de las Regueras) y alguna otra. J. Uría Ríu, partidario de la autenticidad de las representaciones de la cueva de Lledias quiere ver un corzo en una de las figuras existentes en la misma.

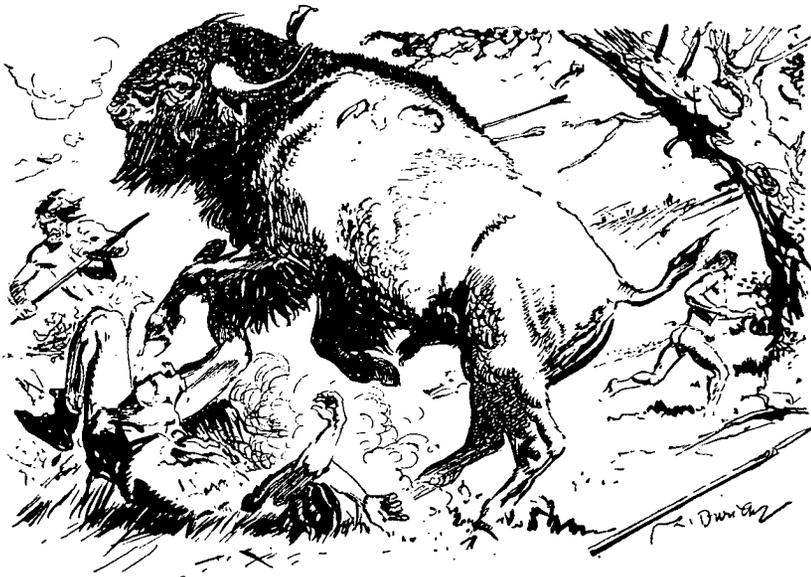
Siendo especie indiferente al clima y viviendo en la Península desde el último período interglacial puede no obstante decirse que el corzo forma parte de un complejo faunístico que se impone a partir del Solutrense en el Paleolítico superior, por lo que sus restos vienen a constituir algo así como fósiles directores a la hora de detectar un clima o un medio ecológico intermedio entre glaciario e interglaciario.

*Reno*: Tras los estudios relativamente recientes de I. Barandiarán puede quizá afirmarse, que el reno (*Rangifer tarandus* L.) fue escaso en la Asturias cuaternaria. No obstante su presencia se ha costatado en la cueva de Balmori (Llanes), y, sobre todo, con el hallazgo de una cornamenta, en la cueva de el Bufón (Vidiago, Llanes). No obstante dada la escasez de los restos de que dispone, aparte de ciertas representaciones de arte rupestre (Cueva de El Ramu, Ribadesella), es prácticamente imposible determinar si se trata de la variedad de bosque o de tundra, aunque más bien por las circunstancias ecológicas del ámbito franco-cantábrico en el Cuaternario, pueda pensarse en la segunda etnia.

Párrafo aparte merece la posible presencia del alce (*Alces alces* L.) de controvertida presencia en el solar astur, aunque evidente, tras el hallazgo por parte del Conde de la Vega del Sella en la cueva de Balmori, y en un horizonte quizá atribuible

al Magdaleniense inferior de restos de una cuerna procedente de un animal joven. Se ha pretendido por parte de M. Mallo, que uno de los cérvidos representados en la cueva de El Ramu o Tito Bustillo (Ribadesella) pudiera tratarse de un alce.

*Bisonte:* Un animal que quizá logró durante el Paleolítico superior bastante difusión es el bisonte europeo o *auroch* (*Bison priscus* Boj.) de cuya presencia nos han dejado constancia abundantes restos, formando parte del complejo del



Cacería de bisontes durante el Paleolítico Superior. El denominado *Bison Priscus* BOJ fue al parecer muy abundante en toda la región cultural paleolítica hispano-francesa. En la zona astur-cantábrica su representación en cuevas prehistóricas (Altamira, Santimamiñe, Candamos, etc.) parecen darnos fe de que su caza constituyó en una fase avanzada del Paleolítico Superior, un medio económico de cierta importancia. El presente dibujo debido al artista checo Z. Burián está inspirado en las representaciones de arte rupestre y en el aspecto físico que presentan los actuales y contados representantes del género en Europa (*Bison Bonasus* LIN), aún viviente en estado salvaje en ciertas forestas polacas.

*Ursus arctos* L. u oso, indicativo de un clima suave, intermedio entre el glaciario o interglaciario. Muy posiblemente su extinción se debió a la despiadada caza a que le sometió el hombre prehistórico hasta el umbral del Holoceno, rarificándole en la Europa antigua y medieval, hasta dejarle marginado al presente en algunos bosques polacos, donde hoy se vela oficialmente por su supervivencia.

Aparte de la evidencia del mismo, según diversas representaciones del arte rupestre cuaternario en la cueva de Pindal (Ribadesella); Cueva del Buxu (Cardes, Cangas de Onís) y sobre todo en la caverna de la Peña de Candamo, en que registró su presencia E. Hernández Pacheco, parece demostrada su abundancia, por los restos encontrados en diversos estratos del Paleolítico superior, en cuevas del complejo kárstico de La Llera (Posada de Llanes) y concretamente en la cueva de El Cueto de la Mina y en los horizontes magdalenenses de las cuevas de La Riera, Balmori y Bricia. Cabe asimismo registrar su presencia en la cueva del Conde (Tuñón, Santo Adriano) y cueva de La Paloma (Soto de las Regueras).

*Bóvidos:* Al mismo complejo faunístico hay quizá que englobar junto al *Bisonte europeo* (*Bison priscus*, Bj. al toro salvaje o uro (*Bos primigenius*, Boj.), en el que diversos tratadistas españoles ven el ancestro directo del toro bravo o de lidia hispano. Ampliamente representado en el arte rupestre astur-cantábrico, podemos contemplar su figura en la cueva de La Loja (El Mazo, Peñamellera Baja) así como en la caverna de la Peña de Candamo. También en diversos estratos de la cueva de El Cueto de la Mina (Posada de Llanes) y en la cueva de La Paloma (Soto de las Regueras), así como en diversos horizontes epipaleolíticos o de discutida atribución.

*Ursidos:* Aún cuando todavía en Asturias vive una variedad local de oso montés, que marcha hasta la extinción, y que posiblemente data del Cuaternario (*Ursus arctos* L.), queremos referirnos aquí a la especie extinta del oso de las cavernas (*Ursus spelaeus*, ROSEN.), plantígrado gigantesco, que, desde



El oso de las cavernas (*Ursus spaeus*) que fue objeto de culto durante el Paleolítico medio por el hombre musteriense (*Homo S. neanderthalensis*), según parecen probar determinados hallazgos de Francia (Regordau) y Suiza (Drachenloch) conoció una efímera vida en el ámbito astur cantábrico, donde ya en el Paleolítico Superior se impone un tipo faneromorfo más pequeño, el oso pardo europeo (*Ursus arctos* LINN.) aún existente, cuya imagen nos ha sido transmitida por los artistas magdalenienses del Pirineo. (Dibujo de Z. Burián).

hábitat aéreo le hace hasta cierto punto de difícil captura al hombre del Paleolítico inferior y medio, hasta la invención del arco y la del propulsor, y ello si se trata de aves de gran tamaño. Hasta entonces su aprovechamiento dietético o económico debió estar restringido a nidadas y puestas, sin olvidar la posibilidad de que algunas gallináceas fueran capturadas a la carrera en estado preadulto.

De acuerdo con la sucesión de glaciaciones, interglaciaciones e interestadiales cabe empero diferenciar una fauna ornitológica fría, que vive alternando con otra de clima templado. La primera es natural que fuese coetánea a mastozoos boreales. En momentos de clima extremado es posible que visitasen las astur-cantábricas el gran pingüino (*Alces impennis*) llegando de latitudes septentrionales, según parece demostrar la representación existente en la cueva de El Pendo próxima a Santander.

Entre las aves fueron corrientes el *Corvus corax* L. (cuervo); el *Corvus corone* L. (corneja); el *Fregilus graculus* (grajo); el *Nucifraga caryocatactes* (cascanueces); el *Turdus torquatus* L. (mirlo real); el *Turdus merula* L. (mirlo negro); *Pica caudata* (pico carpintero); *Loxia curvirostra* (becada); *Fringilla nivalis* (pajarita de las nieves); *Hirundo rupestris* (golondrina de las rocas); *Alcedo hispida* (martin-pescador); *Passer domesticus* L. (gorrión), etc., etc. Las aves rapaces aparecen representadas sobre todo por el *Falco communis* (halcón), el *Aquila fulva* (águila real); el *Falco nisus* (halcotán); el *Vultur monachus* (buitre); y las nocturnas *Strix bubo* (Gran Duque); la *Strix nocturna* (Lechuza), y la *Strix nivea* (lechuza alpina); Las gallináceas presentan entre otras la *Perdiz cirenea* Br. (Perdiz gris); el *Lagopus albus* (perdiz alpina); el *Tetrao urogallus* (Urogallo o gallo de bosque) y la *Coturnix communis* (codorniz). Entre las palmpedas cabe recordar el *Anas boschas* (pato salvaje); el *Cygnus ferus* (cisne salvaje); el *Puffinus cinereus* K. (Pufín ceniciento) y el *Quequédula cercia* L. o, *Scolepax rusticola* (arcea o becada). Algunas de estas aves, cuya representación aparece en el arte mobiliario del Paleolítico superior está ya prácticamente extinguida. Merece no obstante notarse, por sus connotaciones con el Principado, el hermoso propulsor de asta que se encon-

tró en Mas d'Azil (Países Pirineos, Francia) con una representación en bulto redondo de un urogallo.

Los restos de reptiles son rarísimos en los yacimientos del Paleolítico superior y cuando aparecen están representados por piezas fragmentarias que apenas permiten su clasificación segura ni su reconstitución. No obstante en algunas cuevas se han encontrado representaciones y grabados que han sido asimilados a posibles ofidios. Por lo que respecta a ciertos anfibios (ranas, sapos, escuerzos, etc.), sólo cabe decir que llegaron a tener un gran tamaño.

La Asturias cuaternaria constituyó sin embargo un paraíso piscatorio con sus ríos y torrenteras de montaña, idóneos para la proliferación de salmónidos (*Salmo salar*, *Salmo trutta fario* y *Salmo trutta trutta*). El salmón dio posiblemente ocasión con sus pesquerías organizadas, a desplazamientos estacionales a las rías y corrientes de agua a las que se llegaba desde el mar a desovar, conservándose aún en ciertos ríos asturianos tales como el Cares, el Narcea, el Esva o Canero y el Navia y el Eo. La trucha, común, aún abundante en todos los ríos astures pobló asimismo distintas cuencas lacustres. Entre otra fauna ictícola de aprovechamiento por el hombre cuaternario quizá pueda recordarse aquí la anguila (*Anguilla anguilla* L.), sujeta asimismo a un ciclo de migración estacional y la lamprea marina (*Petromyzon marinus*). En el litoral, aparte de diversos cetáceos, pudieron ser objeto de pesca ya en el Paleolítico superior y Epipaleolítico, con el perfeccionamiento de artes como arpones, azagayas, anzuelos y redes, especies como el mugil (*Mugil cephalus*); la lisa (*Mugil provenzalis*), la lubina (*Morone labrax*); el sábalo (*Alosa alosa*) y la platija (*Platichthys plesus*).

Asimismo la Paleontología nos ha ofrecido un inventario bastante completo de moluscos que constituyeron gran parte de la dieta de los depredadores marisqueros del litoral astur durante el Cuaternario. A este respecto son fundamentales los inventarios que en distintas obras nos ofreció el Conde de la Vega del Sella y los trabajos más recientes de B. Madariaga. De todas formas cabe decir que se ignora cómo tuvo

el Post-Rissense vivió en el solar astur hasta prácticamente el horizonte magdalenense. No obstante, al igual que en concretas regiones europeas el acmé de la estirpe se lograría en el Musteriense. De gran talla, alcanzó un enorme desarrollo de los lóbulos óseos frontales. A la vez que se acusa su presencia en diversas cuevas europeas no faltaría en las espeluncas asturianas en las que dejarían huellas con arañazos producidos por sus zarpazos en las paredes (cueva de Balmori, Llanes). Merecen, no obstante, particular atención los restos fósiles procedentes de Los Gafares (San Cucao, Llanera), de Tudela-Veguín (Oviedo) conservados en el Museo del Instituto Geológico de la Universidad ovetense y que fueron estudiados y descritos por M. Crusafont y L. Villalta. Asimismo se hallaron restos de oso cavernario en la cueva de El Buxu (Cardes, Cangas de Onís). Dicha especie aún cuando ha sido muy representada en el arte rupestre y mobiliario del Paleolítico, no lo ha sido que sepamos, de forma clara en Asturias pese a que sus pobladores prehistóricos del Paleolítico medio y superior pudieran quizá asociar al mismo determinadas creencias de raíz musteroide, al igual que ocurrió en diversas regiones de la Europa cuaternaria.

*Felinos:* Sabemos de felinos que vivieron en determinadas épocas del Cuaternario en todo el N. de España, quizá corriéndose desde la vertiente pirenaico-catalana. Así en la caverna de La Ería del Prado, de Quintana, junto a Balmori, Llanes, se recogieron restos de una mandíbula de león, fracturada intencionalmente. En la cueva de Balmori y en el horizonte magdalenense, Vega del Sella encontró un colmillo de un felino carnívoro. Especie indiferente al clima, el *Leo spelaeus*, pudo pues muy bien darse con cierta abundancia en la zona astur-cantábrica durante la primera fase de la antepenúltima interglaciación.

Asimismo en el Aziliense de la cueva de La Riera se han encontrado restos de otro gran felino que posiblemente vivió también en la Europa central en una fase anterior a la penúltima glaciación. No obstante, su identificación aparece un tanto dudosa en la cueva de La Riera, inclinándonos personalmen-

te por su identificación con una variedad cantábrica de *Homotherium Latidens*.

En Mestas de Con, se encontró asimismo un colmillo que se atribuye al *macairodonto*, felino cuyos caninos muy largos le han valido que sea conocido con el expresivo nombre de «tigre de colmillos en navaja». Su maxilar inferior podía desplazarse ampliamente hacia abajo y hacia atrás permitiendo al animal hincar sus dos dientes, auténticos puñales o navajas en el cuerpo de su presa, merced a un movimiento bascular del cráneo. Es muy posible que los restos identificados en Cangas pertenezcan al mismo horizonte del rinoceronte etrusco.

Otro carnívoro interesante, cuyos restos fósiles se han encontrado asimismo en Asturias, en la hiena (*Hyaena crocuta spelaea*, Jol.), que sabemos vivió en el Paleolítico superior (horizonte solutrense y auriñaciense de Cueto de la Mina) prolongando su existencia hasta la penúltima glaciación.

Entre otros carnívoros es evidente que se dieron abundantemente el *Canis lupus* L., o lobo, actualmente existente, el *Vulpes vulpes* L. o zorro y el *Vulpes lagopus* L., o zorro ártico. Entre los mustélidos era común la *Martes martes* o marta, el *Meles meles* L. o tejón, la *Lutra lutra* L., nutria, la *Mustela nivalis* L. o comadreja y posiblemente la *Mustela herminea* L. o armiño. Entre los insectívoros podrían quizá recordarse aquí entre otros el *Sorex sp.* o musaraña. Tenemos constancia osteológica desde el Paleolítico superior de la presencia de la *Talpa europaea* L. o topo y del *Erinaceus europaeus* L. o erizo.

*Pájaros, reptiles, anfibios y peces:* Hasta la fecha el conocimiento de la ornitofauna cuaternaria del Principado ofrece bastantes lagunas que en un futuro próximo quizá puedan ser paliadas con la utilización de técnicas modernas de identificación. De todas formas el estudio de los volátiles no presenta para los prehistoriadores tanto interés como el de los mamíferos. Asimismo desde el punto de vista paleontológico cabe afirmar que en el Paleolítico la evolución estructural de las aves prácticamente se ha cerrado, y bajo un punto de vista económico a efectos de fauna asequible al hombre prehistórico, su

lugar; —en virtud del nicho ecológico del Cuaternario— la dinámica de las poblaciones malacostráceas y neríticas litorales y en qué medida durante las fluctuaciones térmicas de las aguas marinas se desarrollaron sus variaciones. No obstante cabe afirmar en virtud de modernos trabajos sobre paleoclimatología se puede afirmar que la *Littorina littorea* logró su *optimum*, en un ambiente fresco, que no se da ya en aguas astur-cantábricas, ya sea el Magdaleniense o a finales del Aziliense. Este óptimo reflejo se relajó hasta al punto de que paulatinamente escaseara dicho gasterópodo que daría nombre a una formación postglaciar báltica, y su consumo en el litoral astur-cantábrico fuera sustituido por el del *Trochus lineatus*, L., cuya curva acumulativa se incrementa a raíz del postglacial. El Conde de la Vega del Sella negó, —cosa que habría de revisarse con nuevas excavaciones en yacimientos ya estudiados y en otros nuevos— la simultaneidad de utilización de consumo como dieta por parte del hombre prehistórico de *Littorina* y *Trochus*, al no encontrar a ambos gasterópodos marinos en continuidad sintagmática o formando parte de un mismo conchero. Ello hizo afirmar al prócer, que se dio un momento de rarefacción de una de las dos variedades de bígaro, hasta el punto de no ser consumido uno de ellos. Afirmación grave, más si se tiene en cuenta la posibilidad de causas psicológicas que pudieron presidir tal abstención durante varias generaciones.

El marisquero de bígaro se debió llevar a cabo eligiendo siempre los ejemplares mayores. Ello no quita que en los yacimientos se encuentren piezas diminutas. Los concheros estudiados, ya en las proximidades del litoral, ya más alejados de éste, casi siempre en el umbral de cuevas o abrigos rocosos de formación kárstica, han permitido inventariar las especies siguientes: *Patella vulgata Sautuolae* (vulg. «lapa»), muy abundante; *Trochus lineatus* (bígaro); id. *Trochus rugosus* escaso; *Cardium edule* (berberecho), abundante; *Nassa reticulata*, frecuente; *Tuberculata atlántica*, escasa; *Mytilus edulis*; Id. *Triton nodiferum*; Id. *Ostra edulis*; Id. En el conglomerado que integra el conchero se advierte también la presencia de otros tipos de mariscos tales como nécoras o cangrejos de distintas variedades (así *Cáncer pagurus*, *Portunus puber*, etc.), e incluso indi-

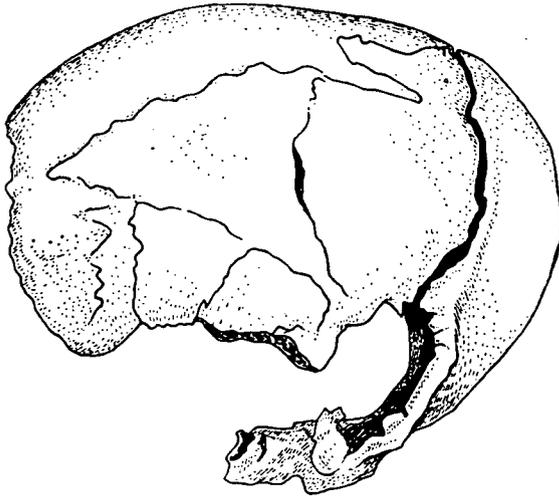
cios de cirrópodos (percebes) y equínidos (vulg. «oricios»). Cuando las circunstancias del estudio de los concheros permitieron su consideración estratigráfica, pudo asimismo observarse en sus niveles superiores la presencia de caparazones de algunos gasterópodos terrícolas, tales como el *Cepea (Helix) nemoralis* o el *Arianta (Helix) arbustorum*, caracoles corrientes que persisten en el actual paisaje astur.

### c) El primer poblamiento humano de Asturias

El conocimiento y estudio de la más lejana humanidad que pobló el Principado de Asturias plantea actualmente una compleja problemática, a la hora de decidirse en la fijación de un tipo concreto teniendo en cuenta por un lado la evidencia faunística y ecológica por medio de la Paleontología general y por otro la Ergología o cultura material que dejó el más temprano poblamiento humano y cuyo estudio pertenece realmente a la Arqueología prehistórica.

La investigación actual, como veremos más adelante, aún cuando permite hablar de la existencia de determinadas técnicas industriales o estereotipos arqueo-antrópicos, e incluso otras más arcaicas pertenecientes al horizonte de las industrias arqueológicas de los guijarros «preparados» («galets aménagés» de los estudiosos franceses y *pebble tools* de los anglosajones), no cuenta por desgracia hasta la fecha (1973) con restos fósiles humanos del Cuaternario inferior y medio, que nos permitan discernir la antigüedad y variedad del género *Homo*, artífice de tal utillaje. Algo parecido podría decirse al referirnos al Paleolítico medio del que se han encontrado restos de industrias líticas, aunque nunca de carácter osteológico, que caben atribuirse a un homínido que conoció el horizonte industrial levalloismusteriense. De aquí, que al hablar de la primera población humana astur haya que proceder con suma cautela, sobre todo al movernos en el terreno de la pura hipótesis. Así, de admitir un temprano poblamiento coetáneo al del resto de la Península quizá haya de atribuir éste, teniendo en cuenta la investigación actual, a un homínido *presapiens*, ar-

queántropo emparentado con el tipo conocido como hombre de Swascombe (Condado de Kent, Gran Bretaña) y del que se ha estudiado un parietal izquierdo y un occipital completo, ambos pertenecientes a un mismo individuo. El descubrimiento de dichos restos óseos data de 1935, y tuvo lugar en un depósito del Pleistoceno medio en el que asimismo aparecieron útiles típicos de la industria achelense. La capacidad craneana del espécimen se fijó en 1.325 cc.



Restos de cráneo humano encontrados en la cantera de Barnleld, en Swascombe (Condado de Kent, Inglaterra), posiblemente representante de un tipo de homínido arcaico, pre-sapiens, que pobló el N. W. de la Península Ibérica en el Arqueolítico.

Ahora bien; el hombre de Swascombe ha sido considerado por eminentes especialistas como una forma intermedia entre el paleoántropo y el neántropo, correspondiendo en términos generales a otros también encontrados en Europa. Así el denominado hombre de Fontchevade (Charente, Angulema), cuyos restos se encontraron en la gruta homónima excavada entre 1947 y 1949 por G. Henri-Martín, en unos depósitos del tercer período interglacial junto con diversos útiles líticos que cabe referir al Poleolítico inferior. También el hombre de Steinheim encontrado en la localidad del mismo nombre al N. E. de Stutt-

gart en 1933 en una gravera del Murr, afluente del Neckar, y en un depósito del interglaciar Mindel-Riss. Podríamos citar asimismo el hombre de Saccopastore, así llamado por haber sido encontrado en 1929, en el hoy suburbio de Roma junto a la vía Nomentana y más tarde otro espécimen en 1935 junto a osamentas de *Hipopótamus mayor*, *Elephas antiquus* y *Rinoceros merckii* perteneciente al interglaciar Riss-Wurm. Todos estos restos nos ponen en contacto con una serie de homínidos —dentro del Arqueolítico o Paleolítico inferior—, artífices de una industria anterior a la que se impone en el horizonte musteriense, por lo que existe la casi plena seguridad de que este tipo humano legatario de tradiciones abevillenses, achelenses y clactonienses precedió al hombre de Neanderthal (*Homo sapiens neanderthalensis*) al que la evidencia arqueológica del Viejo Mundo le considera creador de la «sedicente» civilización musteriense, enmarcada en el denominado Paleolítico Medio, cuya vigencia en Asturias, aunque controvertida, nos parece indudable aunque retardataria ante los documentos arqueológicos a que habremos de referirnos más adelante.



Aspectos de la talla lítica en el Arqueolítico (según una reconstrucción de Z. Burrián, 1961).

Admitido ya un poblamiento humano en el Paleolítico inferior y medio, es indudable que los primeros habitantes hubieron de vivir en unas particulares circunstancias de clima extremado situándose como paisaje idóneo para el del Paleolítico inferior el que le ofrecía durante la interglaciación Mindel-Riss la zona costera del hoy concejo de Gozón y para los neanderthaloides, la zona enmarcada entre Ribadesella y Llanes y que tiene como telón de fondo la Sierra de la Cuera, durante la última interglaciación Riss-Würm. El medio impondría una economía de su existencia de carácter cinegético-recolector, al convivir estos tipos arqueoantropicos y paleoantropicos con diversa fauna, cuyas especies, en parte enumeradas, conocemos



Reconstrucción hipotética del hombre del Paleolítico Superior (*Homo s. sapiens fossiles*), de acuerdo con las proporciones somáticas del hombre de Cromagnon. El cazador lleva en su mano izquierda un arco, cuya presencia en el Paleolítico Superior Europeo y concretamente en el Astur no está probada. (Según Z. Burián, 1960).

además, aparte del testimonio espeleológico por el yacimiento paleontológico de Mestas de Con.

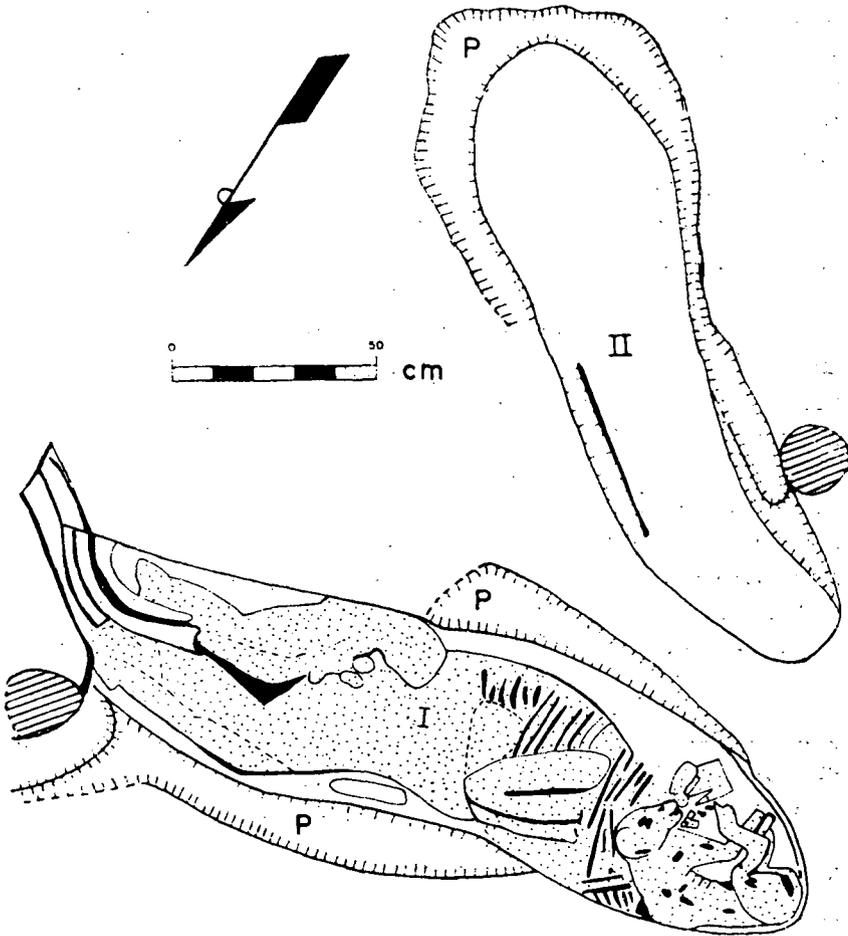
Por lo que se refiere a restos esqueléticos óseos pertenecientes ya al Paleolítico superior también quizá hemos de basarnos en la mera hipótesis, aunque siempre teniendo en cuenta al elaborarlas la evidencia arqueológica y a partir del horizonte auriñaciense. Ello parece poner en evidencia que con el Paleolítico superior se impone en el Principado una población neantrópica, más o menos emparentada con el llamado hombre de Cromagnon (*H. s. sapiens fossilis*) del que se conocen restos óseos en diversos lugares del N. de España, aunque infortunadamente y hasta la fecha no haya habido en el Principado hallazgos del mismo.

Este tipo humano, con el que muy posiblemente hace su aparición el primer arte rupestre mobiliario del Paleolítico, junto a progresivo bagaje cultural en el Principado de Asturias es conocido por la Ciencia, como es notorio, a partir del hallazgo efectuado en 1868 en el abrigo roqueño homónimo, en el lugar de Les Eyzies, en la Dordogne (Francia). De una altura de 1,80 metros y de una gran capacidad craneana (1.660 cc.), presentaba rasgos faciales regulares, gran nariz, frente alta y robustas mandíbulas.

A este hombre o a un tipo emparentado con él, cabe referir las industrias encontradas en los niveles auriñacienses y superiores de distintas cuevas asturianas, pero también de Hornos de la Peña, Monte del Castillo, Salitre y Morín en el vecino Santander y Santimamiñe y Lumentxa, entre otros, ya en el país vasco. Por cierto que recientes hallazgos en Cueva Morín, Santander, han permitido conocer incluso merced a los trabajos de L. G. Freeman y J. González Echegaray (1970), formas particulares de inhumación, que han dado luz sobre sus creencias religiosas en torno a un «más allá», en un enterramiento que se ha datado por técnicas radiocarbonométricas en más de 30.000 años BP\*.

---

\* Abreviatura que por convención internacional significa "antes de los tiempos presentes". BP = *Before present*.



Dibujo representando los enterramientos humanos hallados en Cueva Morín (Santander). Descubiertos por L. G. Freeman y J. González Echegaray (1969), testimonio de una forma de inhumación datada unos 40.000 años B. P. y, que, posiblemente se dio también durante el Auriñaciense en Asturias. *Clave:* I (Morín, II Morín, P. Muro. Morín I contenía el molde del cadáver humano y ofrendas de animales, entre ellas un ungulado infantil, sobre la cabeza de uno de los decesos.

Este hombre neántropo, al que se le considera artifice de las artes e industrias del Paleolítico superior astur pervive posiblemente más allá de los tiempos post-glaciares y consti-

tuye el fundamento de la humanidad neantrópica que se impone a partir del Holoceno con el Epipaleolítico, iniciado quizá 11.000 años BP, fase también denominada período miolítico por los tratadistas, aún cuando en realidad en la región astur cantábrica se considere pese a la penetración masiva de industrias microlíticas, continuación de los últimos horizontes del Paleolítico superior, a los que también quizá se incorpore tradiciones azilienses o arisenses (de Mas d'Azil o Río Ari, Bajos Pirineos, Francia), facies ésta, realmente no bien caracterizada en Asturias pese a aparecer algunos de sus elementos en el solar astur. Problemático sin embargo y confuso resta para nosotros la naturaleza étnica de aquellas gentes que en el mismo Epipaleolítico crearon en toda la zona que va prácticamente desde la cuenca del Bidasoa al río Navia un estereotipo lítico particular denominado generalmente *pico asturiense* y que nosotros ante el abuso de la denominación para hallazgos a primera vista similares o parientes, llevados a cabo en otros ámbitos peninsulares preferimos denominar *pico penicalense*, con objeto de destruir de una vez para siempre el equívoco.

A estas poblaciones mesolíticas, quizás artífices del *pico penicalense*, al que habremos de referirnos más adelante, es muy posible que quepa atribuir los restos esqueléticos y algún cráneo del tipo de los llamados *cráneos de Valdediós*, estudiados exhaustivamente por el venerable erudito ovetense J. Uría Riu, quien abunda asimismo en la idea del epipaleolitismo de estos restos, opinión que fue hace años ya compartida por el finado antropólogo montañés L. Hoyos Sainz, mas, teniendo en cuenta que en el paradero donde fueron encontrados se hallaron restos de un conchero asturiense con *Trochus* y *Patella*. Ahora bien: si se tiene en cuenta la antañona observación hecha por F. Aramburu en su hoy clásica «Monografía de Asturias», quizá hubiera de referirlos a una época más tardía incluso al Neolítico o al Eneolítico, al apuntar dicho estudioso local, que con ellos se encontró restos de cerámica, según se hacía constar en la crónica que publicó el periódico *La Opinión* de Villaviciosa y en torno a su hallazgo, en mayo de 1878, por el periodista local D. Joaquín García Caveda.

Lleno de problemas se nos presenta asimismo el conocimiento del tipo humano faneroantrópico que poblaba el Principado al arribar al mismo los primeros metalúrgicos. Quizá se haya especulado demasiado en torno a los cráneos braquicéfalos encontrados en la explotación minera del Aramo, y asimismo en la cueva de Vidiago, restos que la evidencia arqueológica hace que se refieran a la Edad del Bronce. Posiblemente estamos en un momento en que la Península Ibérica ha sido objeto de cuidadosa prospección por parte de metalúrgicos orientales, que apreciaron su riqueza minera, sobre todo en la región S. W. de la Bética y en el ámbito N. W. (León-Asturias-Galicia), trayendo a tal zona la técnica de explotación de minas y filones como los hoy tan conocidos como La Profunda, cercana a Villamanín en León y la del Aramo y Milagro de Riosa y Onís en Asturias. La explotación minera de Aramo, actividad de la que se conserva documentación arqueológica en el Museo Arqueológico Provincial de Oviedo deja bien patente la importancia dada al yacimiento, del que hoy sabemos, por simple cálculo aritmético que fueron extraídos más de 15.000 m.<sup>3</sup> de ganga mineral.

Con la incorporación paulatina de Asturias, al igual que todo el N. W. hispánico, en el área cultural del Bronce Atlántico, con todas sus consecuencias antropológicas, cabe hablar de un nuevo aporte sanguíneo a Asturias con la consiguiente miscegenación, aporte quizá procedente de Bretaña y Sur de Inglaterra, que hace progresar aceleradamente a las poblaciones inmersas aún en el Neolítico y Eneolítico, posiblemente por influencia armoricanas, traídas a través del Atlántico. Estas poblaciones, quizás de la misma estirpe artífice de los «barrows» de Cornualles y que en dicha región del S. W. nos ha dejado *habitats* como el de Chysauster, impondrá en el N. W. y particularmente en Galicia, Portugal septentrional y Asturias sus formas peculiares de agrupación aldeana, dando lugar a que surja ya personalizada en el N. W. como rasgo característico la denominada *cultura de los castros*, que trascenderá a la Historia desde la Edad de Bronce y llegarán a conocer los primeros siglos de la dominación romana de la Península. Sus poblaciones, más o menos celtizadas vivirán en poblados

fuertes o fortificados (*Oppida*) situados estratégicamente en majadas, montículos, colinas o espolones roquizados de fácil defensa e incluso acondicionados con obras defensivas, tales como fosos, murallas de piedra e incluso torreones protectores en los accesos.

Los historiadores del mundo clásico que alcanzaron a conocer aún viva la *cultura castreña* de Asturias, Galicia y Portugal septentrional pudieron incluso transmitirnos sus impresiones, aunque a veces éstas se nos presenten con generalizaciones que se prestan al confusiónismo. De todas formas aparecerá bien diferenciado el astur, del cántabro, del lusitano y del galaico (*gallaeci*), teniendo en cuenta asimismo determinados rasgos etnológicos y que ponen en evidencia una coherencia étnica existente en Europa en determinados ámbitos atlánticos (Península de Bretaña o Armórica en Francia, Islas del Canal, Cornualles y archipiélago de las Sorlingas o Schilly en el S. W. de Gran Bretaña, etc.), con el N. W. hispánico antes de que el astur entre en la Historia propiamente dicha, y los astures y las Asturias sean objeto de historiografía.

#### d) Las estaciones prehistóricas del solar astur

Desde antiguo los restos paleontológicos y arqueológicos, que han permitido las primeras configuraciones de la Prehistoria astur fueron siendo recogidos en muy diversos lugares, que cabe clasificar en a) estaciones al aire libre, b) cuevas y abrigos; c) fondos de cabaña. Su estudio, como yacimientos arqueológicos, a partir de los primeros años de nuestro siglo, ha permitido prácticamente la reconstrucción del más lejano pasado de las Asturias, reconstrucción, muy provisional, pero considerada en grandes líneas, didáctica e informativa.

a) *Estaciones al aire libre*.—El reconocimiento de las mismas es harto difícil, dada la rareza del caso en que el hombre paleolítico abandonase su utillaje y asimismo la prácticamente

inexistente en el Principado, de filones o canteras de sílice. Por el contrario se hallan a menudo instrumentos pulimentados pertenecientes al Neolítico y Eneolítico, generalmente hachas. Tales útiles son conocidos comunmente bajo el nombre culto de *ceraunias* (del griego *keranos*, rayo), por lo que en el medio rural son más conocidas con el nombre de «piedres del rayu».

Esta escasez de hallazgos se explica por el hecho de que los útiles líticos más antiguos, sobre todo los depositados en las cercanías del litoral, han quedado sepultados por la dinámica post-villafranquiense, formativa de las rasas y niveles de abrasión y por otro, y particularmente en las cuencas fluviales, han quedado oculto bajo capas sedimentarias aluviales formadas con posterioridad, o de resultas de la fenoménica glacial y cuaternaria, sabiendo de casos en que fueron removidos y recubiertos, debidos sobre todo a la acción de arrastre de las aguas, por lo que su valor como «fósiles directores» es mínimo o queda notablemente reducido. Así por ejemplo tenemos el caso que nos ofrece el valle del Nalón, constituido al pie del cerro de la Peña entre el cauce actual y el poblado de San Román de Candamo, que ofrece un ensanchamiento donde se constituyó un antiguo meandro, hoy realmente una terraza pleistocénica y de una anchura de más de un centenar de metros y elevada unos 6 m. sobre el nivel actual. Esta terraza que fue prospectada por E. Hernández Pacheco en los años en que estudiaba la caverna de la Peña de Candamo es conocida en el lugar con el nombre de Trasquirós, no siendo difícil encontrar en la misma diversos *pebbles* y bifaces en cuarcita con talla intencional, a veces de forma amigdalóidea, lo que nos remite a horizontes del Paleolítico inferior y medio (Pleistoceno medio). Al aire libre también se presenta una vasta estación referida al mismo horizonte en Panes, Peñamellera Baja, explorada por H. Breuil y H. Obermaier y depósitos fluviales próximos a Soto de Las Regueras, quizá en Valduno, conocidas ya por J. Carballo y el Conde de la Vega del Sella. En los últimos años el arqueólogo asturiano José M. González ha señalado la existencia, también en la cuenca del Nalón de una elevada terraza fluvial en el concejo de Las Regue-

ras; otra en la zona de Latores concejo de Oviedo y una estación que ofrece abundante material en el término parroquial de Tellego, aparte de subrayar el hallazgo en la rasa litoral del concejo de Tapia de Casariego, la existencia de un Achelense antiguo, del que posee interesantes documentos.



Reconstrucción según Z. Burián de una estación paleolítica al aire libre, del tipo que debió ser abundante en el Principado en aquellas épocas interestadiales, que la benignidad del clima permitía este tipo de paradero.

Precisamente y en el mismo litoral, y al occidente de la península angular que constituye el Cabo Peñas, configurando litoralmente el concejo de Gozón se encuentra, a nuestro juicio, la más interesante estación arqueológica de todo el N. de España, concretamente en la ensenada de *Bañugues*, constituida por un entrante, actualmente en erosión por el mar, de la penillanura que constituyó la línea de la costa y en la que se aprecian claramente varios niveles de rasas: será en la rasa media (50-60 m.) donde poseemos franca evidencia que durante el glacialismo astur-cantábrico se asentaron toda una serie de poblaciones paleolíticas, poblando gran parte de la plataforma litoral hoy día sumergida, desarrollando durante milenios industrias cuyo estudio tipológico nos lleva desde una *Pebble Culture*, hasta el Epipaleolítico con sus típicos picos penicalenses, fósil director del horizonte mesolítico y post glacial denominado *Asturiense*.

Aparte de esta estación litoral en que encontramos toda una sucesión de industrias en cuarcita, cuyo estudio al no encajar en la tipología clásica, quizá debiera hacerse dentro de la sistemática impuesta en los últimos años por L. Balout, P. Biberson y J. Tixier, en Ternifine, Argelia, E. de Cunha Serra y V. M. de Oliveira Jorge en Portugal, H. de Lumley, en la Riviera francesa y K. Butzer y M.<sup>a</sup> Dolores Echaide en Budiño (Pontevedra, España) —y que por cierto han dado en el último caso resultados cronológicos insospechados—, podríamos citar asimismo estaciones al aire libre con materiales que cabe asignar al Musteriense. Así la estación de San Pedro de Nora; de Soto de Ribera, Concejo de Ribera de Arriba; de Peñerudes, Concejo de Morcín; Meres, Concejo de Siero, y San Claudio, Concejo de Oviedo, en la que en los últimos años el citado J. M. González ha localizado variado utillaje musteriense.

Por otra parte el litoral astur, y prácticamente a partir de Ribadesella ofrece innumerables paraderos, no lejos de la costa en los que se han localizado desechos calcificados de comida, constituyendo los denominados concheros o basureros de restos de marisco, a veces de gran volumen, y paralelos a aquellos que en la Europa nórdica reciben el nombre ya consagrado de *kjokkenmöddingen*, y que los autores ingleses denominan *shellmounds* y los franceses *escargotières*, cuyo estudio detallado impone hoy, una amplia revisión en la que se tengan en cuenta los más modernos avances de la Ciencia arqueológica.

Estos concheros, que fueron estudiados hace ya bastantes años por el Conde de la Vega del Sella, al estudiar el Epipaleolítico astur-cantábrico y más recientemente han dado lugar a nuevos trabajos debidos a F. Jordá Cerdá, Noel Llopis, G. Clark, N. Bailey y J. M. Gómez-Tabanera, se hallan a veces en las cercanías de un río o de un manantial. También se encontrarán constituidos y calcificados dentro de cuevas prehistóricas dando lugar su ubicación a que más de un estudioso haya pensado seriamente, teniendo en cuenta determinados fenómenos karsticos, en una revisión de su cronología, de acuerdo con la evidencia hidrogeológica.

Por otro lado, quizá fuera interesante apuntar que hasta la fecha no se conoce en Asturias más que dos *Kill-sites*, y éstos, dudosos. Uno próximo a Candamo, y otro en Mestas de Con, quedando en el aire el interrogante.

b) *Cuevas*.—Dada la constitución geomorfológica de Asturias y particularmente la constitución kárstica que ofrece en su parte oriental, se ofrecen a lo largo y lo ancho del paisaje astur toda una serie de grutas o cuevas que fueron elegidas como refugios temporales o residencia permanente de diversa fauna espeleófila, así como de los primeros pobladores humanos. Muchas de estas cuevas siguen incluso hoy siendo objeto de ocupación rural con distintos fines, tales como refugio de ganado, hipogeos para guardar quesos, etc.. Numerosas cuevas astures y generalmente de toda la región cantábrica conservan un inestimable testimonio estratigráfico, dando lugar al que nosotros en otro lugar hemos denominado «método espeleo-estratigráfico», de enorme utilidad para la Arqueología aplicada, al encontrarse en el pavimento de las mismas estratificados en serie niveles de ocupación musteriense, auriñaciense, gravetense, solutrense, magdaleniense y epipaleolítico, cada uno de ellos nítidamente diferenciado por medio de una capa estéril o estalagmítica debida a la dinámica kárstica, lo que muchas veces facilita su estudio arqueológico y la elaboración de una cronología.

Sabemos asimismo que desde el Pleistoceno Medio muchas cuevas del ámbito astur-cantábrico han sido utilizadas para inhumaciones intencionales, aún cuando éstas sean rarísimas o prácticamente desconocidas en el Principado. También, que en una época que nosotros situamos en los inicios del auriñaciense, fueron éstas, objeto de particular veneración e ideario, espacio sagrado, según hemos demostrado en un trabajo reciente, cuya elaboración hace posible la decoración parietal de estos antros rupestres con pinturas, dibujos y grabados, cuya antigüedad cuando ciertamente se da, ha sido probada por conocidos estudiosos que incluso han llegado, como veremos más adelante a datar la edad de los simulacros, de acuerdo con métodos evolucionistas, histórico-culturales y estructuralistas

que en muchas ocasiones han servido para establecer cronologías, ya absolutas, ya relativas.

Actualmente carecemos de un inventario completo de todas las cavernas o cuevas del Principado con yacimiento arqueológico o con arte parietal. Excusándonos de posibles omisiones, incluso intencionales, en previsión de prospecciones o prematuras, podemos, no obstante, enumerar las siguientes:

1. *Cueva de El Pindal*, sobre el acantilado de Pimiango, Colombres, concejo de Llanes, constituida por un corredor no ramificado de una longitud de unos 200 m., de fácil circulación. Dicha cueva se nos presenta recorrida por un pequeño arroyo que se pierde antes de llegar a la entrada y desemboca directamente al mar. Situada a unos 15 m. de altura presenta un suelo arcilloso y contiene abundantes pinturas. Fue descubierta por H. Alcalde del Río en 1908, e inventariada en la obra de H. Alcalde del Río, H. Breuil y L. Sierra, «*Les cavernes de la région cantábrique*», Mónaco 1911, y más tarde estudiada científicamente por F. Jordá Cerdá y M. Berenguer en su monografía «*La cueva de El Pindal, Asturias*» (BIDEA; XXIII, 337-64).

2. *Cueva de La Franca*, o Colombres, en las proximidades de la ría de Santiuste (Colombres) encerrando un gran yacimiento asturiense. Descubierta asimismo por H. Alcalde del Río en 1908, y estudiada parcialmente por el Conde de la Vega del Sella en 1916.

3. *Cueva de la Loja*, situada en el Concejo de Llanes, se abre en la calaz de la montaña sobre el thalweg del Deva a unos 100 m. de altura. Es un corredor rectilíneo precedido de un vestíbulo, de unos 65 m. de longitud a unos 50 m. de la entrada presenta figurados un grupo de fauna figurada. Fue también descubierta en 1908 por H. Alcalde del Río y H. Breuil, que la describieron asimismo en la obra «*Les cavernes de la région cantábrique*» Mónaco 1911. La identificación correcta de la fauna figurada, sólo ha sido llevada a cabo en fecha reciente por M. Pérez y Pérez («*La Cueva de la Loja*», Avilés 1971).

4. *Cueva de las Herrerías*, en el Concejo de Llanes, entre la Pereda y el Rivazo, a unos 40 m. del camino vecinal que nace en el Km. 99 de la N-634, y en la base del Pico Castiello. También denominada de Bolao. Fue descubierta en 1912 por unos PP. agustinos, siendo conocida más tarde por M. Boule, H. Breuil y H. Obermaier, bajo el nombre de Bolao. Sus galerías actualmente secas constituyeron antiguos cauces y salas, con rastro de erosión turbillonar y consecuente estalagmitización que cubre techo y paredes, presentando al final de su principal galería cegada un conjunto de pinturas regiformes que recientemente y en la publicación de F. Jordá Cerdá y M. Mallo Viesca (*Las pinturas de la cueva de Las Herrerías, Llanes, Asturias, Salamanca 1972*), se presentan como un «conjunto pictórico paleolítico excepcional», opinión de la que disintimos, conociendo la historia de dicha cueva y la función que desempeñó como «ferrería», posiblemente desde la Protohistoria.

5. *Cueva de Balmori o Quintanal*, en el Concejo de Llanes y en las inmediaciones de Balmori, junto a la N-634. Es una gruta de unos 500 m. de longitud y un kilómetro de recorrido total que consta de tres pisos de galerías, constituídas respectivamente por thalwegs muertos que presentan una antigua fase de la evolución kárstica de la caverna. Abierta en la caliza de la montaña presenta un importantísimo yacimiento que fue estudiado por el Conde de la Vega de Sella en su publicación «*Las cuevas de La Riera y Balmori (Asturias)*» CIPP, Madrid 1930, en la que se reconocían niveles asturiense, aziliense, magdalenense y solutrense. En la misma han sido observados recientemente puntillados en ocre y se encontró fauna fósil y en el nivel magdalenense restos de alce y león cavernario, amén de diversa fauna marina.

6. *Cueva de La Riera*, a unos 100 m. al E. de Cueto de la Mina, a 1 Km. escaso de Posada de Llanes, y en el complejo kárstico de La Llera. Fue descubierta y excavada por el Conde de la Vega de Sella a partir de 1915, siendo objeto de la publicación junto a la de Balmori (*Las cuevas de La Riera y Balmori, Asturias. CIPP. Madrid 1930*) reconociéndose en ella los

niveles Asturiense, Aziliense, Magdaleniense. En 1970 fue objeto asimismo de una cata por parte del arqueólogo americano Geoffrey A. Clark, y en la actualidad (1972-73) está siendo revisada por un equipo del Seminario de Prehistoria de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, que prepara una Memoria a publicar por la Inspección General de Excavaciones Arqueológicas.

7. *Cueva del Cueto de la Mina*, en el complejo kárstico de La Llera, junto a Posada, Concejo de Llanes y a unos 35 metros de altitud. Se abre en la caliza de montaña una boca de 25 m. de diámetro por donde se desciende 5 m. hasta una sala de la que parten tres galerías encontrándose en la ascendente diversos depósitos prehistóricos. Descubierta asimismo por el Conde de la Vega del Sella, el prócer fue el primero que excavó su yacimiento arqueológico, encontrando en el mismo los niveles Asturiense, Magdaleniense, Solutrense y Auriñaciense, y originando su publicación «*Paleolítico del Cueto de la Mina, Asturias*» CIPP, Madrid 1916. Posteriormente su estratigrafía sería revisada por F. Jordá Cerdá, al que se debe la útil noticia que sobre la cueva aparece en la GEA (art. «Cueto de la Mina»).

8. *Cueva de Lledías* («El Cuetu»), en las proximidades de Lledías, Concejo de Llanes. Descubierta casualmente por C. Cardín, antiguo mayoral o aparcerero del Conde de la Vega del Sella, al reparar una conejera natural que tenía instalada en la parte posterior de su casa. En la misma se encontró, según sus manifestaciones, un yacimiento prehistórico del Paleolítico con arte parietal animalista, hoy de discutida autenticidad cuaternaria, que ha sido publicado por J. Uría Rúa (*La Caverna de Lledías, Llanes, Asturias*. AEARq, 42, 1941, y *La Caverna prehistórica de «El Cuetu», Lledías, Asturias, y sus pinturas rupestres* (CGEA, IyM. 6, 1944).

9. *Cueva de la Fonfría*, en las proximidades de Barro, Posada de Llanes, yacimiento asturiense. Fue descubierta y prospectada en 1915 por el Conde de la Vega de Sella.

10. *Cueva de Arnero*, asimismo en el concejo de Llanes

y en las proximidades de Posada, en el complejo kárstico de La Llera, fue explorada en 1913 por el Conde de la Vega de Sella.

11. *Cueva de El Penicial*, situada a la derecha de la autopista de REDIA, km. 112-800, tramo Llanes-Ribadesella, pasado el puente que deja ver a la izquierda el pueblo de Nueva. De formación kárstica, tiene un gran interés histórico, por ser la primera en que su excavador, el Conde de la Vega de Sella, halló el fósil director, que más tarde recibiría el nombre de *Pico asturiense*, dándole motivo para una pequeña monografía: *La Cueva de El Penicial, Asturias*, CIPP, 4, Madrid 1914. Dicha cueva fue objeto en fecha reciente de una cata, obra del arqueólogo americano G. Clark, y en 1972 ha sido revisada su estratigrafía y concheros por el Seminario de Prehistoria de la Universidad de Oviedo, estando pendiente de publicación la Memoria correspondiente, por la Inspección Nacional de Excavaciones Arqueológicas.

12. *Cueva de San Antonio*, en el Concejo de Ribadesella. Reconocida en 1912 por E. Hernández Pacheco, dicho estudioso encontró en la misma y figurado en negro un caballo, más tarde reproducido por H. Breuil en la revista *L'Anthropologie*.

13. *La Cueva de Ribadesella*, se encuentra a unos 100 metros del puente de Ribadesella, en la ribera izquierda de la ría y tiene forma ovóidea, siendo sus medidas, presentando en su parte central a unos 45 m. sobre el suelo una oquedad que comunica con el exterior. Quizá sea la más grandiosa caverna de Asturias y su yacimiento ha sido excavado sucesivamente por E. Hernández Pacheco en 1912; Conde de la Vega de Sella 1916, y en fecha relativamente reciente por Fernández Buelta y F. Jordá Cerdá. Probablemente es la gruta a la que se refiere con tal nombre el Conde de Toreno en su «Discurso de la Real Sociedad Ovetense», Madrid 1785, folio 499.

14. *Cueva de Viesca*, también situada en el Concejo de

Ribadesella presentó un yacimiento magdaleniense que fue estudiado en 1912 por E. Hernández Pacheco.

15. *Cueva del río de Ardines*, asimismo en el concejo de Ribadesella, presentó un yacimiento del Magdaleniense inferior, estudiado por E. Hernández Pacheco en 1916 con la colaboración de P. Wernert.

16. *Cueva del Ramu o Tito Bustillo*, descubierta el 12 de abril de 1968, por el grupo espeleológico Torreblanca, en el que figuraba, Celestino (Tito) Fernández Bustillo, muerto dramáticamente, por lo que se ha rebautizado oficialmente la cueva con su nombre. En los últimos años ha sido acondicionada para su visita turística, en detrimento de su vetusta integridad, así como de su yacimiento y arte rupestre, que por su policromía se ha comparado al de Altamira (Torrelavega, Santander) y Lascaux (Montignac, Francia), presentando diversos équidos, cérvidos y tectiformes, así como varia iconografía de controvertido significado. Ha sido estudiada y descrita por M. Berenguer (*La pintura prehistórica de la caverna de «Tito Bustillo» en Ardines, Ribadesella*, Bol. Real Acad. Hist. Madrid T. CLXIV, 1969); M. Mallo Viesca y M. Pérez Pérez (*Primeras notas al estudio de la cueva de «El Ramu» y su comunicación con «La Lloseta» «Zephyrus», XIX-XX 1969*) y F. Jordá Cerdá, M. Mallo y M. Pérez Pérez (*Les Grottes du Pozo del Ramu et de la Lloseta, Asturias, Espagne, et ses représentations rupestres paléolithiques*, Bull. Soc. Préh. Ariège, Tomo XXV, 1970), y últimamente por Fernando Soria O. P. (*Análisis estético de las pinturas prehistóricas de «El Ramu» (Ribadesella)*. «Archivum», XIX, Oviedo 1969, estando pendiente de publicación, la Memoria o monografía a ella dedicada por la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas.

17. *Cueva de La Lloseta*, conocida independientemente de las del pozo del Ramu a cuyo complejo kárstico pertenece, fue estudiada por F. Jordá Cerdá, que ha publicado en parte sus observaciones en torno al importante yacimiento magdaleniense que contenía (*Avance al estudio de la cueva de La Lloseta, Ardines, Ribadesella, Asturias, Oviedo 1958*).

18. *Cueva del Buxu*, en el concejo de Cangas de Onís, se haya situada en el valle de Liebes, al N. del poblado de Cardes, en las proximidades del arroyo de Entrepeñas, fue descubierta en 1916 por Cesáreo Cardín, aparcero del Conde de la Vega del Sella. No se ha prospectado yacimiento arqueológico pero presenta en sus paredes numerosos grabados y pinturas del Paleolítico superior, algunas simbólicas tales como petiniformes y escaliformes. Entre los animales representados sobresalen los cérvidos y caballos, así como un conjunto constituido por un bisonte, un ciervo y un gamo. Estudiada por el Conde de la Vega de Sella en colaboración con H. Obermaier ha moti-



Rito mágico de caza sobre una representación animalística parietal. La licencia del artista Z. Burián, dota al cazador cuaternario del área cultural hispano-francesa de un arco, que en realidad ignoramos si conoció antes del Epipaleolítico. Multitud de representaciones (grabados y pinturas que aparecen en el arte rupestre astur-cantábrico), se deben muy posiblemente a fines mágicos y rituales relacionados con la propiciación cinegética y reproducción estacional de las especies cazadas.

vado una monografía (*La Cueva del Buxu, Asturias*, CIPP. 20, Madrid 1918). Posteriormente F. Jordá Cerdá ha hecho un estudio faseológico de las representaciones figurativas en ella contenidas, presentado al Simposio de Arte Prehistórico de Burg. Wartenstein.

19. *Cueva de Colluvil*, en el Concejo de Amieva y próximo a esta población. Fue explorada por el Conde de la Vega del Sella.

20. *Cueva de El Conde*, en las cercanías de Tuñón (Concejo de Santoadriano), fue descubierta y excavada por el Conde de la Vega del Sella que halló en la misma un yacimiento musteriense y auriñaciense. Posteriormente ha sido objeto de estudio por F. Jordá Cerdá.

21. *Cueva de Las Mestas*, en el Concejo de Las Regueras y en la confluencia del Nalón y del Nora ofreció a su descubridor el Conde de la Vega del Sella un yacimiento del Paleolítico superior, que excavó en colaboración con H. Obermaier, en ella existe un grabado en trazos profundos que parece representar la cabeza de un cáprido.

22. *Cueva de Sofoxó*, aparece situada en la margen derecha del río Nora, término de Rañeces, Concejo de Las Regueras. Explorada y excavada por el Conde de la Vega del Sella presentó unos niveles azilienses y magdalenienses.

23. *Cueva de La Paloma*, situada en el Concejo de Grado, en las cercanías de Soto de Las Regueras. De escasa profundidad posee un abundante yacimiento Aziliense, encontrándose en sus proximidades varias cavidades más desarrolladas. Reconocida en 1914 fue excavada ese mismo año y 1915 por E. Hernández Pacheco, con la colaboración del Conde de la Vega del Sella, J. Cabré y Paul Wernert.

24. *Cueva de La Cruz*, sobre el Nalón, en el Concejo de Las Regueras. En ella el Conde de la Vega prospectó un yacimiento del Paleolítico superior.

25. *Cueva de la Peña de Candamo*, situada en el Concejo

de Pravia en las inmediaciones de San Román de Candamo y en el Cerro de La Peña. Se abre en unas calizas devónicas a 60 m. de altura. Su corredor de entrada lleva a una pequeña sala y después, a la derecha, existe otra sala con hundimientos que se comunica con la superficie por una vieja salida hoy obstruída. A la izquierda unos pozos llevan a la otra cámara. El corredor principal lleva a una nueva sala que contiene numerosos grabados y pinturas de renombre internacional, sobre todo la de un caballo enmarcado en una hornacina natural denominada «El Camarín». Desde su entrada puede apreciarse claramente la terraza del Nalón, de formación pleistocénica existiendo un yacimiento del Paleolítico inferior y medio en el sitio llamado Trasquirós. Ha sido estudiada en una monografía hoy clásica de E. Hernández Pacheco (*La caverna de la Peña de Candamo, Asturias* CIPP, 24, Madrid 1919).

26. *Cueva de La Bricia*, situada al N. de Posada, Concejo de Llanes. Estudiada por F. Jordá Cerdá ha proporcionado un interesante yacimiento del Paleolítico Superior (*La cueva de La Bricia*, BIDEA, XXII, Oviedo 1954). Muy posiblemente proceden de ella materiales que aparecieron en la cueva de Lledías, colocados en la misma por algún falsario con oscuros fines.

27. *Cueva de La Concha, la Cova*, en Llonín, Concejo de Peñamiellera. Utilizada como hipogeo para curado de quesos de Cabrales hasta la actualidad y explorada espeleológicamente en 1970. Encierra una serie de pinturas ideomórfas y serpentiniformes, así como tectiformes en ocre y grabados de difícil identificación, así como un yacimiento aún inédito del Paleolítico superior. Aún no se ha publicado ningún estudio científico de la misma aún cuando se hayan adelantado fotografías en la publicación de F. Jordá Cerdá y M. Mallo Viesca (*Las pinturas de la cueva de Las Herrerías, Llanes, Asturias, Salamanca* 1972), y en la prensa local asturiana.

28. *Abrigo de Conchatoria*, en las proximidades de Fresnedo, Concejo de Teverga, presenta pinturas esquemáticas tardías, posiblemente de la Edad de Bronce, con representaciones de cápridos, antropomorfos y posiblemente útiles.

29. *Abrigo del Paso*, próxima a la anterior, también con representaciones pictóricas de la Edad de Bronce.

30. *Abrigo del Ganado*, en las proximidades de los dos anetrios, presentando curiosos ideomorfos, también de la Edad de Bronce, que parece relacionarse estilísticamente con la representación ocelada de Peña Tu, a la que se hizo referencia en páginas anteriores.

31. *Abrigo del Cochao de Trechacueva*, próximo a los anteriores y del mismo horizonte estilístico, conserva asimismo restos de pinturas esquemáticas posiblemente de metalúrgicos. Todos estos abrigos y sus representaciones son objeto de una publicación reciente de M. Mallo Viesca y M. Pérez Pérez (*Pinturas Rupestres Esquemáticas en Fresnedo, Teverga, Asturias «Zephyrus»*, XXI-XXII, 1970-71, Salamanca).

Por la presente relación puede pues apreciarse la enorme importancia de este tipo de estaciones prehistóricas, cuyo estudio tanto ha contribuido al conocimiento de la Prehistoria del solar astur, aún cuando en los últimos años se imponga una vigilancia drástica ante las excavaciones y prospecciones clandestinas que se llevan a cabo en las mismas y que han deteriorado irremediabilmente más de un yacimiento.

3. *Construcciones artificiales*.—La investigación arqueológica ha probado que pese a refugios naturales el hombre ha vivido asimismo desde el Arqueolítico en abrigos artificiales contruidos con materiales naturales entre los que se cuenta el barro, la madera y la piedra.

En Asturias por su paisaje de fronda en continua renovación en virtud de su clima lluvioso apenas se han encontrado evidencia de «paraderos artificiales», aparte de las cuevas, es decir, restos de evidencias de hábitat a la intemperie o de «fondos de cabaña» total o parcialmente excavados en el suelo, ni tampoco señal de cámaras o cavidades subterráneas del tipo de los que dan lugar a los *pit-dwellings* de los autores anglosajones, *Wohngruben* de los alemanes o *fonds de cabane* de los franceses, aunque sí, restos de construcciones, que trascienden a las Edades del Metal ejecutadas en piedra, no existiendo

la menor duda de que asimismo fueron hechas en madera, aun cuando estas últimas no hayan llegado hasta nosotros.

Dentro de este apartado de las construcciones artificiales ocupan posiblemente un lugar descollante determinados tipos. Por desgracia y que sepamos, hasta la fecha no clasificados y que tendríamos que estudiar utilizando el método etnográfico y la notable publicación «*Construções Primitivas em Portugal*», de E. Veiga de Oliveira, F. Galhano y B. Pereira (Lisboa 1969), distinguiendo entre a) abrigos en muro y tapia; b) abrigos en piedra y materiales vegetales; c) abrigos enteramente en materiales vegetales; en estos últimos habría que distinguir entre abrigos fijos o inmuebles y abrigos muebles o transportables, y los que cabe denominar *chozos*, sin olvidar casos particulares. Dentro de una tipología morfológica de las construcciones de planta vertical habría, a su vez, que distinguir:

1.—Construcciones de planta circular entre las que habría que diferenciar, a) construcciones con techumbre cónica u ovoidal, en algunos casos techumbre, y paredes cónicas en material vegetal, y b) construcciones enteramente en piedra con cubierta o techumbre en falsa cúpula.

2.—Construcciones de planta poligonal (generalmente cuadrada), entre las que habría que distinguir también aquellas techadas con materias vegetales (cuelmo, etc.) y lastras pétreas (ardosita, etc.), utilizando siempre armadura de madera (viguera).

De la mayor parte de las construcciones que integran el presente apartado, son tradicionalmente estudiadas dentro de la que se ha venido denominando desde primeros de siglo «*Cultura de los castros*», al asimilar la designación de castros, al concepto latino del término *oppidum*, esto es «población fortificada», fortaleza, utilizándose posiblemente tal denominación desde los últimos años de la dominación romana de la Península Ibérica (Bajo Imperio), pasando desde allí a la Edad Media, por lo que se convierte en un topónimo frecuente en los documentos de esta época que aparecen repletos de nombres de lugares así llamados o mencionados en sus numerosas variantes (*Castrillón, castrón, castrín, castrosín*, etc.) así como topónimos concretos (Castro de Limés, Castro Mayor, Castro

de Sierra, Castropol, Los Castros, Castros Mourela, Castrovaselle, etc.)

Muchos de estos viejos poblados, ya existentes en la *Protohistoria* serán citados por los escritores clásicos e incluso, figurarán en las inscripciones romanas con otra denominación, posiblemente de origen prerromano, quizá céltico, como por ejemplo aquellos topónimos con terminación en *briga* sufijo que los filólogos asimilan al sufijo *dunum*, con significación de monte fortificado. Así *Tilóbrigo* o *Tolébriga* (puerto de La Cubilla), *Longébriga* (Brievés, Concejo de Luarca), etc.

Por otro lado no es raro el empleo de topónimos derivados de las voces latinas *civitas*, *vicus*, *castellum*, *turris*, *piopugnaculum*, etc., como por ejemplo Cividello, lugar de la Parroquia de San Cosme de Llerandi, Concejo de Parres, *Castiello*, lo encontramos como topónimo en San Esteban de Tainás (Cangas del Narcea); Santa María la Real de Lorenzana (Carreño, Gijón).

La voz *citania*, que a veces se utiliza como homónima de castro no es sin embargo de formación popular. Más bien por su misma terminación en «ania» se nos antoja un cultismo con resonancias de «Germania, Lusitania», etc.

Ciertos arqueólogos limitan el uso de la voz «castro» a un lugar fortificado en el que los habitantes de caserías abiertas podrían refugiarse en caso de incursiones enemigas para haciéndose fuerte en los mismos ofrecer resistencia. De aquí incluso que establezcan, —particularmente los arqueólogos y prehistoriadores de Galicia y Portugal— una diferenciación entre los «castros», únicamente destinados a efectos bélicos y «citanias», lugares asimismo fortificados, pero en la que vivía permanentemente una población. En realidad la investigación arqueológica no ha permitido aún dar viabilidad a tales sutilezas aún cuando existan castros en los que apenas se aprecian vestigios de amurallamientos en su interior, indicio de habitación, que por otra parte pudieron haber sido construídas no de piedra, sino de materiales vegetales que no resistieron la acción del tiempo.

Al estudiar dentro de la Prehistoria del solar astur aquellas estaciones que pertenecen ya a la Edad de los Metales se impone indudablemente un conocimiento pormenorizado, cuando se intenta penetrar en las épocas tardías de la *Cultura de los castros* o «cultura castreña», como queramos denominarla indistintamente, reconociendo al estudiarla en Asturias su propia personalidad, aún cuando hay autores que ignorando realmente la existencia de una cultura castreña en las Asturias, la limiten a lusitanos y galaicos y al estudiarla en los ámbitos territoriales de ambos pueblos tengan en cuenta determinados rasgos etnológicos que indudablemente habrán de ser compartidos por el ámbito astur. Hoy, sin olvidar los datos suministrados por la toponimia y el conocimiento de la orografía antigua puede ya delimitarse como zona castreña en el N. de la Península aquella que se extiende desde el río Duero al S., hasta el río de Nabra al N., ya en el corazón del Principado de Asturias (Villaviciosa), penetrando en el ámbito paesico, ampliando pues, aquellas visiones antañonas que limitaban la cultura castreña al Occidente de Asturias, concretamente hasta el río Navia. Ello no obsta para que la cultura castreña con su típica arquitectura y construcciones artificiales, no pueda englobarse dentro de otros movimientos culturales de características urbanas bien definidas que acabarán por imponerse en Europa durante la Edad de Hierro y en determinados ámbitos atlánticos ya mencionados en los que desde la primavera de la historia astur han dejado su impronta indeleble (Península Armoricana o Bretaña francesa, Cornualles en el S. W. de Gran Bretaña, etc.).

La forma típica del agrupamiento urbano que constituye un castro como conjunto o complejo de construcciones artificiales puede apreciarse muy bien por medio de aerofotos y planos topográficos como las que nos han brindado en conocidas publicaciones M. Cardozo (Guimaraes, Portugal); F. López Cuevillas (Galicia) o el inolvidable A. García Bellido (El Castriellón de Coaña, Asturias), o, en su defecto, utilizando «in situ» los estudios descollantes entre otros, llevados a cabo en el mismo Principado por J. M. González. Así, se aprecia claramente que dentro del recinto o acotado artificial se encuentran las viviendas de sus habitantes, en su mayoría cabañas

de piedra de planta circular o oval, según los recientes estudios de Eiroa, que se cubrían con maderamen y vigas, para sostener techumbres de paja (cuelmo) o de otro producto vegetal, sin que esto descarte otro tipo de cubiertas como lastras o placas de pizarra u ardosita. Menos frecuentes, aunque no raras, son las viviendas de planta poligonal rectangular con uno o más recintos o habitáculos. El aparejo de los muros se nos presentará casi siempre en mampostería sencilla con dispositivo helicoidal o poligonal en los paramentos levantados con un mayor cuidado. Este tipo de viviendas aún sigue construyéndose en algunas comarcas del N. de Portugal, León, Galicia y Asturias (así por ejemplo las «pallozas» de Cebrero, Lugo, o las cabañas de la sierra de Ancares). Las casas aparecen distribuidas en el castro adaptadas a los accidentes del terreno y su construcción se lleva a cabo a medida que lo requiere la densidad demográfica que habrá de contenerse o albergarse en el recinto. Se conocen, no obstante, en época tardía algún que otro castro o citania con simulacro de calles, ya rectas o concéntricas, unidas con otras transversales, conformando así un esbozo de urbanismo, que, tradicionalmente se achaca al influjo tardío de la Romanización. Conviene, empero señalar, que por muy dilatada o amplia que aparece la casa castreña considerada individualmente, ésta presenta por lo general reducidas dimensiones (de unos 3 a 5 m. de diámetro, por término medio), apareciendo aislada en todo su perímetro evitando las medianerías, hecho éste de perduración arcaica que se observa aún en determinados conglomerados urbanos del N. W.

Aún cuando quizá desborde el fin concreto de este apartado, hemos de decir aquí, que el origen de la arquitectura castreña como problema, aún no ha sido resuelto por el especialista. Indudablemente hay que buscar el origen de las casas en construcciones prehistóricas artificiales de material poco consistente, —madera, ramas, cubiertas de barro, etc.—, que tienden a la forma circular u oval de la misma manera que las cabañas de troncos colocados horizontalmente imponen como consecuencia lógica y natural la invención de la planta rectangular en la Prehistoria del Urbanismo. De todas formas,

aparte del trabajo ya aludido de Veiga de Oliveira, Galhano y Pereira, quizá fuera oportuno repasar aquí además del trabajo fundamental de F. Kruger sobre construcciones circulares en el N. W. el del finado arquitecto español L. Torres Balbas en su estudio «*La vivienda popular en España*» (Barcelona 1931), contenido en «*Folklore y costumbres de España*» (Dir: Carreras Candi). Es sabido, asimismo, que desde que los anticuarios y arqueólogos, de mediados del pasado siglo, empezaron a interesarse, en función del apasionado regionalismo que domina su época, por el origen y génesis de este área cultural del N. W. hispánico, se han localizado restos de muchas construcciones castreñas efectuadas en materiales menos duraderos que la piedra. De aquí que no pueda desecharse la tesis de F. Alves Pereira, tras el estudio de las construcciones castreñas en Portugal y de F. López Cuevillas en Galicia, cuando afirmaron que las cabañas de madera y barro fueron inmediatas antecesoras de toda la arquitectura que nos ofrece la «cultura de los castros». Mas, si a dicho estudio, se le suman los resultados de aquéllos llevados a cabo en el S. W. de Gran Bretaña por B. Crampton, a la hora de estudiar los poblados tradicionalmente atribuidos a los celtas o gentes asimiladas a ellas, que construyeron siguiendo indudablemente tradiciones megalíticas, el castro de *Chysauster*, en Cornualles, muy semejante, en multitud de aspectos, al de Coaña, Asturias, y a otras construcciones que aparecen en el área atlántica como por ejemplo el pequeño castro de Clickhimin, en las islas Shetland, que tienen realmente un cierto aire de familia o de parentesco con los del N. W. hispánico, sobre todo a la hora de bucear en una posible tradición megalítica que pervive desde inicios de la Edad de Bronce y que impone junto a otro tipo de arquitectura en el N. W. hispánico y en las Asturias curiosas construcciones de piedra, utilizando grandes lastras o lajas hincadas en el suelo, constituyendo una cámara que acabará cubriéndose con otras horizontales. Tampoco son extrañas *corradas* o *cortiles*, cuya tradición aún perdura en el N. W. (para el ganado o ensilaje de castañas, para tapiar el recinto de un colmenar, impidiendo el acceso al mismo de los hoy casi extintos osos, etc., etc.)

De todas las maneras, puede considerarse como desconocida todo tipo de construcción en maderamen perteneciente a la cultura de los castros y que pueda datarse con anterioridad a la indoeuropeización de la Península, aún cuando ciertos pajares o heniles, particularmente de Santander o Cantabria permitan mantener hipótesis defendibles, mas, si se tiene en cuenta la enorme habilidad de la artesanía indígena, que expresará, hasta prácticamente nuestros días, en el manejo de la azuela, en la construcción de hórreos, graneros aéreos de madera, etc., cuya introducción en la Península en sus formas más arcaicas, que por desgracia no han llegado hasta nosotros, quizá pudiera datarse a partir de la Edad de Hierro.

Los poblados castreños en piedra nos recordarán algunos de planta circular que hemos tenido ocasión de conocer no sólo en Próximo Oriente (Siria y Kurdistán), Egeo (Chipre, Creta, etc.) e Italia Meridional (Murgas de Apulia) con sus curiosísimos *trulli*, sino también otros que visitamos de Córcega y Cerdeña (Barrumini), y del ámbito de Inglaterra y Gales estudiados por Th. Leeds y Kendrick-Hawkes y por nosotros en Cornualles y Devon. Poblados estos últimos, ingleses, que son arqueológicamente atribuidos a la «Iron Age B» de Gran Bretaña, al igual que las decoraciones arquitectónicas estudiadas por M. Cardozo, en la Citania de Sabrosa o por F. López Cuevillas y Mergelina en Galicia, e incluso por J. Uría y J. M. González en el Principado, decoración que ha hecho que algunos autores como A. Blanco Freijero vean en la misma un elemento, legado de tradiciones estilísticas megalíticas, si no autóctonas, de origen mediterráneo.

Remitiéndonos a lo que se dirá más adelante en otro párrafo para el estudio pormenorizado de la «cultura castreña», quisiéramos, sin embargo dejar señalado aquí que, como estaciones prehistóricas, objeto de indagación científica por parte de la Arqueología prehistórica, la casi totalidad de los castros o poblados fortificados astures está sin estudiar, pese a la benemérita labor llevada a cabo por el varias veces citado J. M. González que en el curso de varios lustros ha logrado reconocer más de 200 castros al E. del Navia, efectuando así su impresionante trabajo *Catalogación de los*

---

*Castros Asturianos* (Cf. «Archivum», XVI), prelude de otro más detallado, que al parecer tiene en elaboración y que dará indudable luz sobre esta forma particular de poblamiento de la Europa atlántica y concretamente dentro de la región nord-occidental de la Península Ibérica, de aspectos poco conocidos de la Protohistoria del solar astur.

JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA